

## EL SISTEMA POLÍTICO CANADIENSE

El sistema político<sup>1</sup> que ha se ha desarrollado en Canadá es resultado de una serie de factores específicos de su historia.<sup>2</sup> En este sentido, no sería sino a partir del Acta de América del Norte Británica (*British North America Act*, BNA) de 1867<sup>3</sup> que Canadá comenzó a dibujarse como un Estado formal. Sin embargo, en lo que corresponde a la política exterior, obtuvo su independencia hasta 1932, tras la firma del Estatuto de Westminster (el 11 de diciembre del año anterior) cuando el país alcanzó el estatus de comunidad autónoma.

Con el paso de los años, el Parlamento británico<sup>4</sup> fue elaborando nuevas actas de América del Norte Británica con el objeto de ajustarse a las necesidades de las provincias y de la propia federación<sup>5</sup> canadiense. Y no fue hasta 1949 que la Corona británica otorgó al Parlamento canadiense el poder limitado de llevar a cabo enmiendas a los documentos elaborados por sus homólogos en Gran Bretaña. De

<sup>1</sup> Puede entenderse como sistema político el conjunto de normas estables que se llevan a cabo en un contexto que define la propia población. Para mayor información véase Molina, 2007. También puede interpretarse el sistema político como “[...] un conjunto organizado de elementos que desarrollan actividades encaminadas a resolver las necesidades sociales especificadas. La conformación de dichos elementos forma su estructura. Se compone, como cualquier otro sistema social, de individuos y grupos en sus relaciones, desde sus posiciones respectivas, actuando con la orientación de ingredientes culturales e ideológicos articulados” (Gamas, 2001).

<sup>2</sup> El actual sistema político canadiense fue concebido y redactado por primera vez en la conferencia de Quebec de 1864, por un grupo conocido como “Los Padres de la Confederación”.

<sup>3</sup> El título Acta de América del Norte Británica se refiere a la serie de documentos que dan forma al constitucionalismo canadiense, promulgados por los parlamentos de Canadá y Gran Bretaña, y se conocen también como *Constitutions Act*. El término *British North American* se utiliza para hacer referencia a las colonias británicas en América del Norte.

<sup>4</sup> Según el *Diccionario universal de términos parlamentarios* (Facultad de Derecho, UNAM, 1997), “El parlamentarismo es un sistema europeo. Nació en Inglaterra, en forma espontánea, por las relaciones poco a poco modificadas del Parlamento con una dinastía que el mismo había llevado al trono; lo adoptaron más tarde como programa los países del continente y en Francia alcanzó los lineamientos de la teoría”.

<sup>5</sup> El término federación corresponde, tal y como lo explica Modesto Seara Vázquez (2009), a un esquema en el que los Estados miembros —en este caso provincias— son sujetos al derecho constitucional interno. “Además, la delimitación de competencias entre el Estado federal y los Estados miembros [o provincias], lo mismo que la reglamentación de las relaciones entre ellos, se rige por las normas constitucionales” (Seara Vázquez, 2009: 115). Asimismo, es importante señalar que en Canadá, desde la primera BNA redactada en 1867 y hasta 1975, han existido otras diecinueve versiones aprobadas por los parlamentos británico y canadiense, consideradas hoy día como enmiendas de la original.

esta forma, a partir de la década de los años cuarenta, el Poder Legislativo de Canadá intervino cada vez con mayor energía en las leyes aplicables en su propio país. Así, por medio de la *common law*<sup>6</sup> y el derecho consuetudinario,<sup>7</sup> las distintas BNA hicieron posible el establecimiento de una serie de marcos jurídicos y constitucionales para el país.

Ya en 1982, bajo el mandato del primer ministro liberal Pierre Elliot Trudeau, se estableció la *patriation*<sup>8</sup> del documento conocido como Acta de Canadá (*Canada Act*), mediante el cual se derogaba en lo sucesivo la denominación de Acta de América del Norte Británica para referirse a leyes aplicables en territorio canadiense. Así, mediante la promulgación de la *Canada Act* de 1982, el gobierno federal dio por concluida su dependencia respecto de la Corona británica en lo referente a la creación de nuevas leyes y, de este modo, se logró concretar autonomía e independencia jurídica en el nivel interno.

La *Canada Act* de 1982<sup>9</sup> incluye también la *Constitutional Act*, con la cual todas las provincias de Canadá (excepto Quebec) llegan al acuerdo de reformular algunos aspectos de la Constitución canadiense.

En este esquema, la *Constitutional Act* de 1982 estableció una declaración de derechos individuales, asunto de carácter constitucional hasta ese momento sin precedentes. Este mismo documento también lograría favorecer a las provincias mediante un nuevo planteamiento que les otorgaba el control de sus propios recursos naturales, confiriéndoles la capacidad para controlar las exportaciones primarias de los mismos. De manera paralela, se establecieron dos formas para alcanzar acuerdos a nivel nacional: uno a través de la unanimidad provincial y —cuando esto no fuera posible— otro, mediante mayoría calificada. Este nuevo esquema en Canadá terminó confiriendo amplias facultades a las provincias anglófonas, al dejar de ser necesaria la unanimidad quebequense para alcanzar nuevos acuerdos constitucionales.

Esto provocó el rechazo de Quebec, pues desde la primera BNA de 1867, se estableció la unanimidad provincial como requisito indispensable para alcanzar cualquier nuevo tipo de decreto constitucional. Como es de suponerse, tal condición

<sup>6</sup> Se conoce como *common law* al marco jurídico que determina sus sentencias a través de los precedentes registrados por sus antecesores en casos similares.

<sup>7</sup> El derecho consuetudinario es aquel que se genera por medio de los usos y costumbres de determinadas sociedades. En general, se aplica cuando no existen normas jurídicas escritas; tal es el caso de la Constitución británica, la cual es resultado de una serie de documentos vinculantes históricos.

<sup>8</sup> En Canadá, el término *patriation* se utiliza para hacer referencia al consenso provincial que es necesario para modificar la Constitución. Puede ser alcanzado de dos maneras: por unanimidad o por mayoría; sólo hasta obtener dicha *patriation*, una propuesta constitucional puede convertirse en decreto o considerarse una reforma. Es necesario aclarar que, como en español no hay una traducción adecuada para el término *patriation*, en lo sucesivo podrá utilizarse esta palabra en inglés en algunas partes del texto.

<sup>9</sup> Este documento es considerado en diversos análisis de especialistas como la vigésima enmienda de la BNA.

privilegió históricamente a Quebec, pues tan sólo con su rechazo podía vetarse cualquier tipo de propuesta aprobada por el resto de las provincias de mayoría anglófona.

De tal forma, y al verse comprometida la fuerte influencia quebequense en la toma de decisiones de carácter nacional unánime, las autoridades y representantes de la provincia de Quebec decidieron rechazar cualquier tipo de ratificación de la *Constitutional Act*. Esta postura generó alegatos judiciales, hasta que al final la Suprema Corte de Canadá le reiteró a la Corte de Apelaciones de Quebec que “[...] legalmente hablando, todas las provincias eran iguales” (Dunsmuir y O’Neal, 1992); por lo tanto, los privilegios previos desaparecían.

El asunto descrito es una clara muestra del problema que representa en Canadá alcanzar consensos interprovinciales, pues esto ha sido la constante desde la formalización de Canadá como comunidad autónoma en 1867. Así, obedeciendo a esta dinámica de búsqueda de consensos entre las poblaciones de origen inglés y francés, se hizo necesaria la conformación de un orden constitucional más centralizado, que contara con una amplia capacidad de maniobra para responder de forma veloz a futuros desafíos. Empero, resulta paradójico que la *Canada Act* de 1982, con un carácter más provincial, haya servido precisamente para acentuar las diferencias de Quebec respecto al resto del país.

Según lo anterior, puede señalarse que la variedad cultural original y la búsqueda de consensos al interior del país han hecho de Canadá un ente político muy complejo en lo que atañe a su marco constitucional. Por tal motivo, el sistema político canadiense posee características particulares, mediante las cuales se ha buscado privilegiar la creación de marcos jurídicos que hagan posible el consenso general para resolver este problema. Tal búsqueda permanente de acuerdos ha estimulado la creación de un gran número de agrupaciones partidistas, las cuales, salvo contadas excepciones, tienen un paso fugaz en la política interna del país. El motivo de este fenómeno radica en la fuerza que aglutinan las dos principales agrupaciones partidistas, en este caso el Partido Conservador y el Partido Liberal, mismas que han concentrado todas las primeras magistraturas desde las primeras elecciones federales de 1867.

Este sistema de predominio bipartidista, que ha funcionado en la práctica durante más de catorce décadas, pone de manifiesto cómo las élites liberales y conservadoras han logrado monopolizar el ejercicio de gobierno bajo el amparo del poder. Dicha situación ha estimulado el fortalecimiento de un sistema político excluyente, elitista y de difícil acceso a fuerzas políticas emergentes, lo cual ha dificultado la consolidación de nuevos partidos políticos a nivel nacional, desvaneciendo o postergando la llegada al poder de nuevos actores, que por su carácter exógeno amenazan las añejas estructuras de dominio que operan en el país desde hace más de siglo y medio.

Desde nuestra perspectiva, lo anterior se constituye en uno de los factores que mayores desafíos ofrecen al sistema político canadiense, ya que tras la primera década del siglo XXI se presentan nuevos escenarios políticos en el país, como es el caso del Partido Neodemócrata, el cual se consolidó como la primera minoría en la cuadragésima primera legislatura, después de las elecciones de 2011, al desplazar y relegar como segunda minoría al Partido Liberal.

Asimismo, es primordial señalar que el sistema político canadiense, de manera contraria a lo que sucede en otros sistemas políticos del continente americano, permite que la Cámara Baja, en este caso la Cámara de los Comunes (o diputados), pueda concentrar mayores prerrogativas de gobierno que sus contrapartes de la Cámara Alta (Senado). Esto es posible en buena medida gracias a que los senadores, a diferencia de los diputados, no son elegidos por los ciudadanos, sino que son nombrados e impuestos por el gobernador general —que es el representante de la Corona británica en Canadá—, a solicitud expresa del primer ministro en turno.

Aunado a lo anterior, debe aclararse que otra de las particularidades del sistema canadiense a nivel continental es el gran poder y atribuciones que concentra el primer ministro, pues la propia búsqueda de consensos en el país ha delineado un sistema político en donde la primera magistratura cuenta con un poder desproporcionado, en comparación con los otros dos poderes. En este sentido cabe señalar que un primer ministro, además de ser el titular del Ejecutivo, es también líder del Parlamento y líder del partido en el poder, hecho que permite al jefe de gobierno en Canadá (primer ministro) tomar decisiones de Estado de manera personal, sin acudir para ello necesariamente al Parlamento que también representa. Esto último sucede, sobre todo, cuando el primer ministro se encuentra al frente de un gobierno de mayoría. Sin embargo, tal poder, en apariencia desproporcionado, ha encontrado frenos en Canadá gracias a la necesidad sistémica de lograr consensos políticos.

#### ORIGEN Y DESARROLLO DEL FEDERALISMO CANADIENSE

Antes de abordar los problemas propios de los partidos liberal y conservador, es necesario revisar los orígenes históricos, así como el desarrollo del sistema federal canadiense. Por lo tanto, bien podemos iniciar identificando cuáles fueron las primeras manifestaciones políticas organizadas con el objeto de trazar un futuro político para el país.

De todas las reuniones y cónclaves iniciales, sobresale sin duda la reunión celebrada en 1865 entre las élites quebequeses, conocida como Conferencia de Quebec.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> La Conferencia de Quebec de 1865 estableció las bases que se debían discutir para alcanzar una unión federal entre las provincias británicas de América del Norte.

Dos años después, por medio de la primera Acta de América del Norte Británica de 1867, fue esbozándose el tipo de federalismo que habría de adoptar el país,<sup>11</sup> pero incluso en dos manifestaciones tan recientes como la *Canada Act* y su secuela la *Constitutional Act*, ambas de 1982, se puede conocer el sistema político canadiense desde sus orígenes. El desarrollo de este tipo de mecanismos hizo posible que Canadá se separara tersa y gradualmente del gobierno colonial inglés, lo cual hace muy difícil establecer el momento exacto de una separación entre Canadá e Inglaterra, pues ciertamente no hay evidencias de un rompimiento fáctico y contundente entre la antigua colonia y su metrópoli.

Esta situación no es compartida por la mayoría de los países del resto del continente americano, ya que resulta muy complicado identificar en qué medida la sociedad canadiense conceptualiza la separación de la Corona británica como un hecho histórico. Este fenómeno se ha dado de manera simultánea junto con un ejercicio de adaptación federalista, proveniente de la experiencia y las prácticas de la democracia estadounidense. También deben considerarse, desde luego, las dinámicas democráticas y judiciales provenientes del legado francés presente en Quebec. Todo este crisol de usos y costumbres en el ejercicio del poder ha hecho del sistema político canadiense un híbrido pragmático del realismo político contemporáneo.

Según lo anterior, el primer antecedente histórico del federalismo canadiense tiene sus orígenes en un evento exógeno: la independencia de Estados Unidos. Este movimiento insurgente en contra de la Corona británica provocó posturas a favor y en contra en el territorio que hoy comprende Canadá. Sin embargo, la invasión a Quebec perpetrada por fuerzas insurgentes de las Trece Colonias, en junio de 1775, con el fin de controlar la provincia e inducir a los habitantes de habla francesa a sumarse a la rebelión, fue un evento que generó el efecto contrario entre los quebequeses, pues se sintieron agraviados durante la breve ocupación de los rebeldes estadounidenses. Pero no sólo la invasión a Quebec generaría impactos entre la sociedad hoy canadiense, ya que también la migración masiva de ciudadanos leales a la Corona británica provenientes de las Trece Colonias crearía nuevas condiciones y necesidades que responder;<sup>12</sup> por ejemplo, treinta y cinco mil leales a la

<sup>11</sup> En Canadá se considera que los Padres Fundadores de la Conferencia de Quebec diseñaron una forma centralizada de federalismo en el cual el equilibrio de poder descansaba precisamente en la fuerza y capacidad de maniobra del poder central. Sin embargo, durante el siglo xx, los actores políticos canadienses —dentro de marcos constitucionales legales— pudieron consolidar un sistema federal más eficaz, lo cual fue posible gracias a la división constitucional de poderes, que obligó al sistema federal canadiense a evolucionar, de uno centralizado hacia otro más descentralizado. Para mayor información al respecto véase Penner, 1999: 29-73.

<sup>12</sup> A estos ciudadanos de origen estadounidense leales a la Corona británica y que emigraron a los territorios que hoy comprende Canadá se les dio en llamar *tories* o conservadores. De ahí proviene el término *tory* para referirse en Canadá a políticos o funcionarios del ala conservadora.

Corona británica de origen estadounidense se desplazaron a Nueva Escocia, y otros nueve mil a Quebec (Brown, 2002: 212). Esta migración generó conflictos entre los habitantes canadienses y los nuevos leales extranjeros, pues dejó de ser suficiente la oferta de salud, educación y empleo para las poblaciones anglosajona y francófona de los territorios en cuestión; la población de Nueva Escocia se vio duplicada de 1775 a 1780, situación parecida a lo sucedido en el territorio que el día de hoy comprende Nueva Brunswick, ya que durante el mismo lapso se pasó de menos de mil setecientos cincuenta habitantes, a catorce mil o quince mil nuevos ciudadanos (Brown, 2002).

Esta dinámica hizo necesaria la división de dos territorios en cuatro para hacer posible su adecuada administración y el cumplimiento de sus demandas sociales. El primero en dividirse fue Nueva Escocia, en 1784: se llegó al acuerdo de separarlo en dos territorios, uno llamado Nova Scotia (Nueva Escocia), con mayoría de habitantes leales que residían allí desde antes, y el otro, New Brunswick (Nueva Brunswick), con mayoría de leales de origen estadounidense.

Posteriormente, en 1791, el territorio de Quebec también sería dividido en dos partes: la primera, el Alto Canadá (hoy Ontario), para una mayoría anglófona, y la segunda, el Bajo Canadá (hoy Quebec), de mayoría francófona (Benedict y Bradley, 1995: 40-44).

A partir de tal división, se estableció que los territorios tendrían un régimen político representativo, al estilo británico, con una Cámara de los Comunes electos de manera directa por la población, y una Cámara Alta designada por el propio gobernador, quien a su vez asumía las funciones del Ejecutivo manteniendo una fuerte concentración de poder. Sin embargo, las legislaturas locales tenían la capacidad conferida por la Corona para frenar cualquier exceso de poder. A pesar de ello, lo cierto era que el dominio de las oligarquías locales fue el común denominador desde el inicio de la división de los cuatro territorios originales de Canadá, lo cual generó, por consiguiente, círculos sociales muy compactos que buscaban, ante todo, conservar el poder para sí mismos.

Después, en 1812, el ánimo expansionista estadounidense provocó un conflicto bélico con la Corona británica, suceso que se conoce como la guerra de 1812 entre Estados Unidos y Canadá, de junio de 1812 a enero de 1815.<sup>13</sup> Durante su primera fase, el ejército británico se dedicó a contener a las fuerzas invasoras estadounidenses; sin embargo, cuando Gran Bretaña consideró haber derrotado a Napoleón en Europa, reagrupó sus fuerzas y lanzó una fuerte ofensiva en contra de Estados Unidos,

<sup>13</sup> En junio de 1812, el presidente James Monroe dio un mensaje ante el Congreso de Estados Unidos declarando la guerra a Gran Bretaña y, en enero de 1815, ocurrió la última batalla, con una victoria estadounidense en Nueva Orleans.

misma que derivó en la toma de Washington en agosto de 1814, y en la quema intencional de sus edificios públicos más emblemáticos, como son la Casa Blanca y el Capitolio (Architect of the Capitol, s.f.).

Este episodio bélico entre Canadá (Gran Bretaña) y Estados Unidos culminó en diciembre de 1814 con la firma del Tratado de Ghent,<sup>14</sup> por medio del cual los involucrados decidieron restaurar sus relaciones bajo el statu quo *ante bellum*.<sup>15</sup> En buena medida, el conflicto marcó el fin de los problemas entre los territorios británicos del norte y Estados Unidos al sur, lo que dio paso a una nueva etapa de colaboración y alianza permanente. Al mismo tiempo, la guerra de 1812 coadyuvó a crear un fuerte sentimiento nacional tanto en Canadá como en Estados Unidos.

Ya superado este episodio, los intentos emancipadores del Bajo y el Alto Canadá, de 1837 y 1838, serían los dos últimos grandes conflictos previos a la conformación de Canadá como una provincia unida. Tales intentos se generaron por las malas cosechas, las condiciones de hambre en que vivían las nuevas familias y la poca atención a las demandas de los nuevos inmigrantes. Todos estos elementos generaron malestar entre los habitantes del Alto y del Bajo Canadá, lo que terminó provocando sublevaciones armadas.

Pese a que estas rebeliones no constituyeron una seria amenaza para el gobierno inglés gracias a que fueron derrotadas rápidamente por el ejército británico, al menos, sí provocaron que el gobierno imperial reconociera “que las dos pequeñas rebeliones eran síntomas de problemas más grandes, problemas que debían ser investigados y resueltos” (Benedict y Bradley, 1995: 59). Por ello, la Corona británica encargó una serie de misiones investigadoras para resolver los problemas, con el fin de evitar nuevos escenarios de descontento social.

Lord Durham (John George Lambton), gobernador general de América del Norte Británica, encabezó una de estas misiones y, una vez que renunció a su encargo, se dedicó a redactar el conocido “Reporte Durham”, en 1839. En este documento recomendaba a la Corona unir al Alto y al Bajo Canadá para crear la provincia unida de Canadá, con el fin de generar una mayoría anglosajona, en donde la minoría de origen francés fuera incorporándose a los usos y costumbres británicos. Además, sugería mayor independencia de dicha provincia respecto de Gran Bretaña, para permitir a sus ciudadanos la libertad de elegir a sus gobernantes y a sus provincias la capacidad de ordenar y programar sus recursos. En la actualidad, este reporte se considera el precursor de Canadá ya que, de manera simultánea, delineó su sistema político proponiendo un sistema de partidos, tomando especial atención en generar

<sup>14</sup> Es importante señalar que, al no tener noticias de la firma del Tratado de Ghent, los ejércitos británico y estadounidense chocaron en la batalla de Nueva Orleans dos semanas después, es decir, ya en 1815; por eso es que se considera que esta guerra culminó en ese año y no con la firma del tratado.

<sup>15</sup> “Estado de las cosas hasta antes de la guerra”.

una serie de prácticas locales de autogobierno que dieran libertad a las provincias canadienses en el futuro (Mills, 2006).

En 1841, dos años después de darse a conocer el Reporte Durham, el Parlamento británico hizo oficial la unión del Alto y del Bajo Canadá, para crear la Provincia de Canadá. Este documento, conocido como *Act of Union*, estableció la conformación de un cuerpo legislativo con igualdad de representación entre anglo y francohablantes; sin embargo, proscribió el idioma francés como lengua de gobierno y retiró las atribuciones francocanadienses de todos los asuntos relativos a la educación y las leyes civiles (Monet, 2006).

Pese a lo anterior, los ciudadanos de origen francés accedieron a sumarse a la nueva provincia y muchos de ellos enfocaron sus esfuerzos de protesta e inconformidad a través de partidos políticos locales, reconociendo en los mismos a los únicos medios para demandar a la Corona sus derechos culturales. De esta manera, haciendo efectivo el ejercicio democrático y representativo que les concedía el gobierno inglés, los ciudadanos francófonos encontraron el mecanismo propicio para hacer llegar sus demandas al Parlamento británico.

En estas circunstancias, inició formalmente la vida política y democrática de la Provincia de Canadá. Si bien puede identificarse un intento de sometimiento por parte de la Corona británica al sector francófono en el momento en que nació la provincia, lo cierto es que esta tentativa unilateral por absorber a la parte francocanadiense sentó las bases de un dinámico sistema político que fue evolucionando hacia un sistema de autogobiernos locales con características democráticas.

Así, conforme pasaron los primeros años de esta nueva provincia, el resto de las colonias británicas al norte de Estados Unidos crecieron económicamente gracias al desarrollo del ferrocarril, situación que se intensificó a partir de la década de los años cincuenta del siglo XIX, cuando empresarios banqueros y mercantiles otorgaron mayores apoyos financieros para las líneas ferroviarias. Esto estimuló el propósito de unir a la provincia de Canadá con la costa oeste (Columbia Británica) e integrar de este modo un gran cinturón ferroviario. Fue precisamente a partir del crecimiento económico y de la extensión de las redes de ferrocarril que la idea de crear una Confederación<sup>16</sup> en todos los territorios británicos al norte de Estados Unidos, que lograra aprovechar y maximizar el crecimiento económico de las regiones, comenzó a tener mayor fuerza en los planos políticos y sociales, sobre todo, ante el temor que generaba el inagotable afán expansionista de este país después de la aneación de Texas y la guerra con México. Estos sucesos hicieron posible que la metrópoli

<sup>16</sup> Se habla de una confederación precisamente porque en ese momento parecía ser la respuesta más práctica que podían ofrecer la Corona británica y el territorio canadiense ante el fortalecimiento y crecimiento que experimentaba Estados Unidos.



inglesa, los políticos y la sociedad en general coincidieran en querer hacer oficial la unión de los territorios británicos del norte.

Además de lo anterior, los constantes conflictos entre franco y anglohablantes en la provincia de Canadá dieron al gobierno británico otra razón para estimular una unión confederada de todos sus territorios para que, de una vez por todas, los francohablantes terminaran siendo una clara minoría frente a los habitantes de origen anglosajón.

En este contexto, en septiembre de 1864, en Charlottetown,<sup>17</sup> se llevó a cabo la primera de una serie de reuniones entre los representantes de las colonias de Nueva Escocia, Nueva Brunswick y la provincia de Canadá para establecer las bases de la unión. En ella se hizo una propuesta que en lo general establecía el surgimiento de una entidad política que habría de continuar sus estrechos vínculos con Gran Bretaña. Esta nueva entidad crearía un gobierno federal central y gobiernos de tipo provincial, un sistema bicameral y un gobernador general como representante permanente de la Corona británica.

Posteriormente, en octubre del mismo año, en la ciudad de Quebec, se dio la segunda reunión y, en ella, se llegó al acuerdo general de que, una vez aprobada la propuesta por cada colonia y provincia, la moción sería presentada por los delegados representantes de Nueva Escocia, Nueva Brunswick y la provincia del Alto y del Bajo Canadá ante la Corona en Inglaterra. Esto sucedió finalmente en diciembre de 1866 en lo que se conoce como la Conferencia de Londres (*London Conference*). A raíz de ella, se acordó redactar, a partir de enero de 1867, el Acta de América del Norte Británica. En este documento se estableció que se llamaría “Canadá” al nuevo territorio unido de las colonias de Nueva Escocia, Nueva Brunswick y de la provincia del Alto y el Bajo Canadá. En cuanto a esta última, se concertó llamar a la provincia del este “Quebec”, y a la del oeste, “Ontario”, y a partir de entonces se constituyeron como dos entidades políticas separadas.

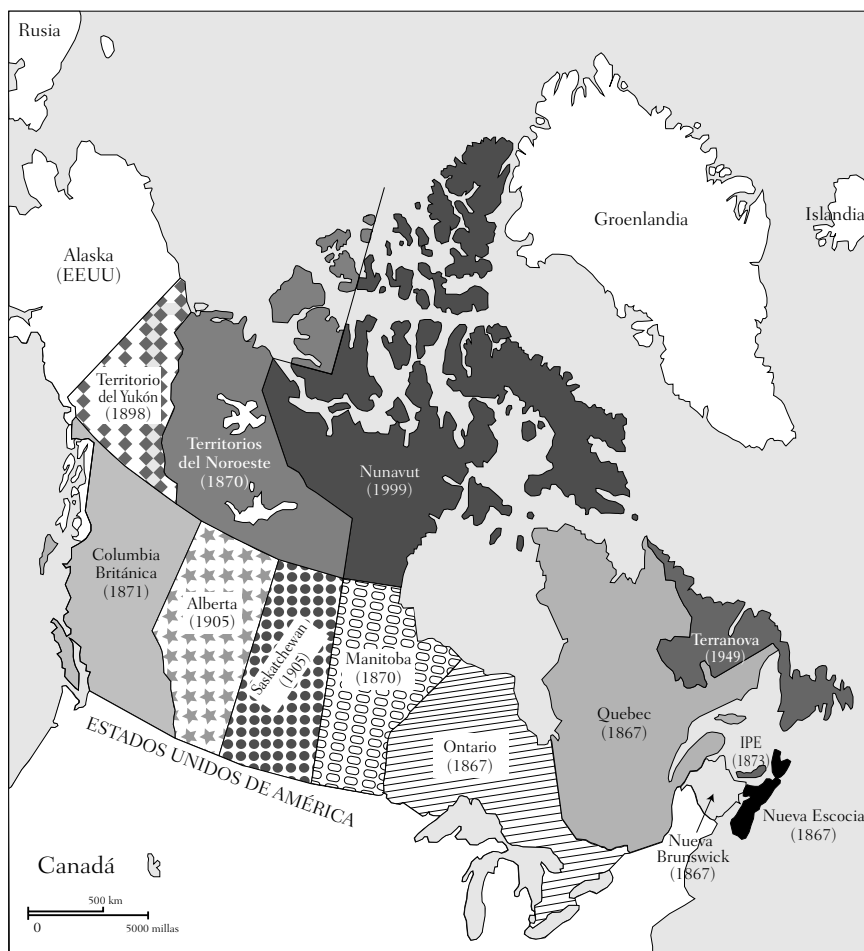
Así, después de pasar por la aprobación de la Cámara de los Lores y la de los Comunes británicos, la Corona, en la persona de la reina Victoria, otorgó su beneplácito real por medio de la siguiente promulgación “[...] nosotros ordenamos, declaramos y mandamos que desde el 1º de julio de mil ochocientos sesenta y siete, las provincias de Canadá, Nueva Escocia y Nueva Brunswick deban formar y hacer un dominio<sup>18</sup> bajo el nombre de Canadá” (Hodgins, Wright y Heick, 1978: viii).

<sup>17</sup> Charlottetown es la actual capital de la provincia de Isla del Príncipe Eduardo. Si bien las provincias de la Isla del Príncipe Eduardo y Terranova participaron en las primeras reuniones para conformar la unión, no fue sino hasta 1873 y 1949, respectivamente, que ambos territorios se incorporaron a Canadá de manera formal como provincias.

<sup>18</sup> Se le conoce como “dominio” de Canadá por la sugerencia de sir Samuel Leonard Tilley (uno de los Padres Fundadores canadienses), en referencia al libro de los Salmos: “Que el rey defienda a los humildes [...] que *domine* de un mar hasta el otro, y desde el río hasta los confines de la tierra” (salmo 72.8).

Posteriormente, nuevos territorios y provincias se irían sumando a la federación como Manitoba (1870), Columbia Británica (1871), Isla del Príncipe Eduardo (1873), Saskatchewan (1905), Alberta (1905) y Terranova-Labrador (1949). Asimismo se sumaron a la federación canadiense los territorios del norte: Noroeste (1870), Yukón (1898) y Nunavut (1999).

MAPA 1



Sin embargo, desde el momento mismo en que Canadá se consolidó como Estado, con sus cuatro primeras provincias, surgieron dos grandes problemas que sus líderes debían resolver para poder alcanzar, concretar y madurar su modelo

federalista. En primer lugar, la organización nacional interna requería de un paradigma incluyente y centralizado, que hiciera posible canalizar las opiniones y demandas de todos sus representados ante problemas comunes. Para resolver esto se decidió continuar con el modelo parlamentario británico que, como era el que se había llevado a la práctica durante todo el periodo colonial, representaba pocos riesgos operativos para el nuevo Estado canadiense.

En segundo lugar, respecto a la relación del gobierno central con los gobiernos provinciales, seguir el modelo estadounidense habría sido lo más lógico, dada la descentralización que había en Estados Unidos. Sin embargo, los conflictos entre el sur y el norte y que llevaron a la guerra de secesión de 1861 a 1865, hicieron poco atractiva la idea de adoptar tal modelo, ya que la guerra civil estadounidense fue resultado, entre otras cosas, del enorme poder que concentraban los estados frente al gobierno central de Washington.

En buena medida, fue dicha guerra lo que motivó a los Padres Fundadores de Canadá a crear un federalismo más centralizado que otorgara mayores facultades a la capital, para que así se pudieran promulgar leyes que garantizaran el mantenimiento del orden y la paz general. De esta manera, la toma de decisiones a través de un Estado central en Canadá garantizaba limitar las ambiciones y extralimitaciones de las provincias, situación que podría estimular la competencia desleal y las alianzas de unas y otras en perjuicio de terceras.

Conforme con esta idea, las nuevas provincias canadienses sólo podrían actuar en las situaciones que expresamente les confiriera la Ley Constitucional de 1867 y, de este modo, quedaron sometidas al poder central, mismo que sería el encargado de asumir las atribuciones que las leyes no otorgaran expresamente al poder provincial.

Aunado a lo anterior, la facultad conferida al gobierno central para derogar leyes provinciales hizo del sistema federal canadiense un sistema muy particular, pues su federalismo, centralizado en un principio, otorgaba escasos márgenes de maniobra a las provincias.

Entre las atribuciones conferidas expresamente a las provincias por el Acta de América del Norte Británica de 1867 destacaron: la venta de lugares públicos pertenecientes a la provincia, la administración del sistema de prisiones, asilos y hospitales, el otorgamiento de licencias para negocios particulares, la administración de líneas férreas, buques y de toda aquella empresa que interconectara a la provincia con otras.

Al mismo tiempo, se otorgó a las provincias la facultad de organizar el derecho a la propiedad privada y los derechos civiles de sus ciudadanos, la administración de justicia, la imposición de penas y, en general, todos los asuntos que por su naturaleza fueran de índole local. Todo lo demás excluido en los dieciséis apartados del artículo

92,<sup>19</sup> quedaba bajo competencia y atribución del gobierno central canadiense concentrado en Ottawa.<sup>20</sup>

Con estos elementos, el federalismo canadiense surgió como un modelo creado a imagen y semejanza del modelo británico, con el objetivo primordial de mantener la unión pero, al mismo tiempo, para garantizar su protección en contra de los ánimos expansionistas de sus vecinos del sur. De forma simultánea, los problemas generados a raíz de la convivencia entre anglo y francohablantes —con sistemas jurídicos y culturales diferentes—, se presentaron como uno de los grandes desafíos al sistema canadiense.

Ahora, si bien el poder central eclipsaba a las provincias en el nuevo sistema federalista adaptado en territorio canadiense, lo cierto es que las provincias continuaron gozando de prerrogativas que les garantizaban la convivencia entre los pueblos de origen francés e inglés en un mismo territorio. Muestra de ello es la capacidad que confirió la Corona para que cada provincia organizara su sistema educativo, sus derechos civiles y el derecho a la propiedad. Estas prerrogativas garantizaron, de una u otra forma, la convivencia cultural de las dos provincias centrales (Ontario y Quebec) en el desarrollo de la nueva nación.

En general, puede considerarse que el ejercicio federalista desarrollado con el paso del tiempo en Canadá fue adaptándose a las circunstancias con la meta clara de no permitir escisión territorial alguna. Dicho lo anterior, queda claro que el país logró identificar las dos amenazas más visibles: la primera de ellas fue el expansionismo estadounidense; la segunda, los sentimientos nacionalistas y separatistas de sectores de origen francés en los territorios de Quebec. Esto último, de concretarse, habría supuesto un duro golpe a los intereses de la federación canadiense, dada la importancia económica, política, geográfica, comercial, cultural y estratégica de Quebec.

No obstante, debe señalarse que con el paso de los años, el fuerte carácter central original del federalismo canadiense fue languideciendo con los usos y costumbres de la nueva sociedad y de sus políticos pues, de hecho, la práctica del veto real y la intervención del gobierno británico en las decisiones de Canadá fueron temas que desaparecieron de manera imperceptible para la sociedad.

La separación e independencia gradual de Canadá y de su sistema político respecto de la Corona y Gran Bretaña fueron resultado, sin duda alguna, de la prác-

<sup>19</sup> Para una revisión pormenorizada de los 147 artículos del Acta Constitucional (Acta de América del Norte Británica), véase la *Constitution Act* de 1867 en Maton (1998).

<sup>20</sup> Es oportuno señalar que la decisión de establecer la capital de Canadá en la ciudad de Ottawa respondió al interés de la reina Victoria, quien en 1857 decidió asentar los poderes de la entonces provincia de Canadá, muy cerca del corazón político estadounidense. Al mismo tiempo, con esta decisión, buscaría hacer que la capital sirviera de punto medio entre los intereses francófonos y anglófonos de las provincias de Quebec y Ontario. Esta disposición fue el justo medio, pues tanto anglo como francohablantes pedían a la Corona que la capital se estableciera en Toronto o en Montreal, respectivamente.

tica inglesa desarrollada en territorio canadiense y expresada a través del derecho consuetudinario y del *common law*.

Lo anterior se manifiesta, sobre todo, si se compara con sus vecinos del sur, ya que mientras “La federación estadounidense surgió de una débil coalición de estados poderosos pero cada vez más centralizada. Canadá inicialmente surgió con un gobierno altamente centralizado con poderes y autoridad importantes otorgados al gobierno federal, pero desde entonces se ha pasado a un fortalecimiento gradual de las provincias” (Hristoulas, Denis y Word, comps., 2005: 28). Esto podría explicar por qué en la actualidad las provincias canadienses gozan de mayor autonomía e independencia respecto de sus contrapartes en Estados Unidos.

Podría decirse que esta misma capacidad que ha mostrado el federalismo canadiense para ir dotando de mayores márgenes de autonomía a sus provincias no podría entenderse sin la presión constante que ha significado el asunto postergado de Quebec. Por lo tanto, es un hecho que a pesar de haber tenido siempre participación de quebequeses en los gobiernos de la federación desde su propio origen, el asunto de Quebec cobra la mayor importancia porque el federalismo canadiense no ha sido capaz de solucionar los grandes problemas políticos entre Quebec y el resto de las provincias. Incluso, da la impresión de que las decisiones de los diferentes gobiernos federales para dar respuesta a las demandas quebequeses se toman según parámetros y concepciones anglosajonas. Esto ha ido creando, con el paso de las décadas, un sentimiento nacional en Quebec que ha impactado de distintas maneras en la política nacional canadiense en determinados momentos.

Así, con la llegada del siglo xx, el federalismo canadiense fue tomando mayor fuerza y adquiriendo sus propias formas hasta llegar a la década de los años treinta cuando, con el Estatuto de Westminster de 1931, Canadá logró obtener plena independencia de la Corona en materia de política exterior. Con esto culminó una etapa en la que Gran Bretaña formalmente tenía la capacidad para legislar de manera unilateral asuntos de interés canadiense; en otras palabras, a partir de dicho Estatuto, Canadá dejó de ser de manera formal una colonia más de Gran Bretaña.

En lo que corresponde al tema del derecho a veto dentro de la federación canadiense, el asunto no sería discutido a cabalidad durante el siglo xix, y no fue sino hasta el siglo xx que el tema sería utilizado como bandera política por la provincia de Quebec, pues por medio de ese derecho lograba promover sus intereses y su cultura. Con esa dinámica, a partir del propio Estatuto de Westminster el derecho a veto se convirtió en uno de los temas más delicados para Quebec dentro de la federación, pues respetar el veto garantizaba su reconocimiento como sociedad distinta dentro de un país con mayoría anglosajona.

En esta lógica, movimientos como la llamada Revolución tranquila de los años sesenta (1960-1966) en la provincia de Quebec, o el surgimiento del Partido Quebe-

quense en 1967, fueron manifestaciones clarísimas de los retos a los que se enfrentó la federación canadiense en dicha década. De hecho, no debe pasarse por alto que el nacionalismo quebequense terminó precisamente generando impactos en el sistema político de Canadá y en sus principales agrupaciones políticas federales.<sup>21</sup>

Como consecuencia, el gobierno de Ottawa decidió emprender una serie de medidas para aminorar los ímpetus separatistas quebequenses que amenazaban a la federación. En 1969, se decretó una nueva ley federal que establecía la igualdad cultural para el uso del idioma francés y el inglés en todos los documentos gubernamentales; tuvieron que transcurrir ciento veintiocho años para que de nueva cuenta el francés fuera aceptado y reconocido como lengua oficial para asuntos de gobierno, después de su derogación por decreto de la Corona con el Acta Real de 1841.

Ante dicha situación, se hizo evidente la necesidad de crear una enmienda constitucional profunda que solucionara los pendientes de la federación, uno de los cuales es el asunto de Quebec. Quizá el elemento que detonó esta enmienda fue el referéndum de 1980, por medio del que se formuló a la población de la provincia la siguiente pregunta:

El gobierno de Quebec ha hecho pública su intención de negociar un nuevo acuerdo con el resto de Canadá, basado en la igualdad de naciones; este acuerdo otorga a Quebec el poder exclusivo de elaborar sus propias leyes, tasar sus propios impuestos y establecer sus relaciones con el exterior —en otras palabras, soberanía— y al mismo tiempo, mantener con Canadá una asociación económica que incluya una moneda común; cualquier cambio en el estatus político resultante de estas negociaciones sólo podrá ser implementado con aprobación popular a través de otros referéndum; en estos términos, tú le otorgas al Gobierno de Quebec la facultad de negociar y proponer acuerdos entre Quebec y Canadá (Political Database of the Americas, 1999).

El referéndum movilizó a 4 367 584 ciudadanos que acudieron a emitir su opinión, lo que representó una elevada participación del 85.6 por ciento y manifestó el alto nivel de politización e interés de la ciudadanía quebequense respecto a este tema en particular. El resultado final fue de un 40.4 por ciento a favor del “sí”, por un 59.6 por ciento a favor del “no” (Turp, 1995).

Los políticos que simpatizaban con el “sí” fueron conocidos a nivel nacional como separatistas y a los que apoyaron el “no” se les llamó federalistas. Lo anterior debe llamar la atención pues en Canadá, en pleno siglo xx, términos como separatistas y federalistas siguieron teniendo espacio en la sociedad canadiense y en los

<sup>21</sup> Entre los movimientos nacionalistas quebequenses, lugar aparte merece el Frente de Liberación de Quebec, grupo subversivo que terminó siendo desmantelado después de que en octubre de 1970 —mediante los poderes de guerra— se suspendieron las libertades civiles en Quebec a causa de la Ley Marcial. Por esta acción, el gobierno federal tomó control de la situación deteniendo y eliminando en su totalidad al grupo subversivo en su propio reducto.

medios de comunicación, y lo trascendente de este tema es que las amenazas al federalismo en Canadá han logrado sobrevivir con el paso del tiempo y se manifiestan incluso actualmente en la dificultad de conciliar los intereses de anglo y francohablantes dentro de un mismo territorio político.

Un dato que es importante conocer es que precisamente en Quebec el sector de la población que tradicionalmente se ha visto más identificado con la idea de un separatismo de la federación han sido los jóvenes. De hecho, durante décadas, este ha sido el sector que se ha inclinado más favorablemente por la independencia de su provincia. Sin embargo, cuando estos mismos jóvenes llegan a una edad adulta, es decir, más de treinta años, suelen cambiar sus intereses y opinión al respecto (Brooks, 2012: 54-55).

Es preciso señalar que, pese a todas esas dificultades, el federalismo canadiense y su sistema político —a través de sus élites— han creado las herramientas necesarias para evitar la escisión de una parte significativa del país, en este caso, la provincia de Quebec, la cual es muy importante para Canadá no sólo por su peso económico, sino también por su influencia política y cultural en la vida nacional. Podría afirmarse que su posible separación sería un golpe profundo al orgullo e identidad del país, ya que prácticamente el territorio canadiense quedaría partido en tres partes: un Canadá occidental (con las provincias y territorios del Oeste más Ontario), Quebec (en el centro), y otro Canadá oriental (con las provincias del Este, la península del Labrador y la Isla del Príncipe Eduardo). Más los territorios del norte.

Así, como resultado del referéndum de Quebec de 1980, a nivel federal, el gobierno canadiense se concentró en llevar a cabo una reforma constitucional que involucrara la división de poderes, la reestructuración del Senado, la culminación de las competencias del Parlamento británico en la vida política canadiense, así como nuevos términos para alcanzar futuras *patriations*. De esta forma, en 1981 comenzaron una serie de debates al interior de las provincias canadienses con el fin de establecer los lineamientos a seguir en el nuevo proceso constituyente.

Pero de nueva cuenta el gran debate se concentró otra vez en Quebec, pues esta provincia exigía la unanimidad provincial para alcanzar cualquier tipo de enmienda constitucional. Sin embargo, esta solicitud de derecho a veto de Quebec fue rechazada por la Suprema Corte de Canadá, cuando ésta afirmó que sólo los consensos provinciales, y no la unanimidad, eran criterios suficientes para cambiar (o *patriar*) la Constitución. Con esta sentencia, se rechazó la tradicional solicitud quebequense de derecho a veto, hecho que reafirmó la idea en Quebec de que las grandes decisiones siempre se tomaban con patrones anglosajones.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Para mayor información respecto a los antecedentes y consecuencias del derecho a veto quebequense véase Dunsmuir y O'Neal (1992).

En esa dinámica, en 1982, con la aprobación de las nueve provincias de mayoría anglófona —y con la negativa de la provincia de Quebec al no conseguir su derecho de veto—, la nueva Ley Constitucional adquirió el estatus de ley suprema del país (Courtney y Smith, 2010: 31-32). Lo paradójico de esta ley constitucional fue que se creó con la intención de lograr la unidad nacional después del fallido intento de separación de Quebec mediante su referéndum. De esta forma, las diferencias entre las dos culturas occidentales dominantes en Canadá se hicieron más evidentes durante la última parte del siglo xx.

Esta situación hizo necesario un nuevo pacto nacional que resolviera los pendientes entre Quebec y la federación, con el fin de reincorporar a esta provincia al orden constitucional canadiense. Así, por iniciativa del gobierno federal, surgió el Acuerdo del Lago Meech en 1987, que pretendía establecer una serie de reformas constitucionales, muchas de ellas dirigidas a dar respuestas específicas a las demandas quebequenses. El acuerdo buscó mostrar la voluntad del gobierno federal para reconocer a la sociedad de Quebec como distinta; al mismo tiempo, quiso incrementar el número de artículos constitucionales que requirieran de unanimidad provincial, para de esta forma satisfacer la demanda quebequense de derecho a veto. De manera paralela, propuso otorgar competencia absoluta a las provincias respecto de sus políticas de inmigración, además de nombrar a sus propios ministros de la Suprema Corte.<sup>23</sup>

En un principio, estas propuestas fueron recibidas con agrado por parte de la mayoría de las provincias. Sin embargo, conforme fueron repasándose los apartados, surgieron las dudas acerca del nivel de poder que se estaba confiando a las provincias, en detrimento del gobierno federal. La idea que prevaleció fue que, de aprobarse la enmienda de 1987, el gobierno de Ottawa quedaría en una posición muy debilitada para coordinar y resolver políticas de carácter nacional. Aunado a ello, la cláusula de sociedad distinta para Quebec no terminó de convencer al resto de las provincias canadienses.

Por estos motivos, en 1990, una vez que transcurrieron tres años de discusión —plazo requerido para que una propuesta de reforma constitucional fuera aprobada por las provincias del país—, los parlamentos de Manitoba y Terranova terminaron rechazando el Acuerdo de Lago Meech, decisión que acabaría de facto con la existencia del mismo.

Después del fracaso de este acuerdo, el sentimiento nacionalista quebequense se vio fortalecido, así como su idea de soberanía con asociación respecto a Canadá. En este escenario, las autoridades provinciales de Quebec programaron otro refe-

<sup>23</sup> Para una revisión de los cuatro puntos generales de acuerdo y la propuesta de enmienda de los diecisiete con sus respectivos apartados véase Maton (1995).



réndum para el día 26 de octubre de 1992, situación que fue interpretada en el resto del país como un ultimátum de la provincia para recibir una propuesta de reforma constitucional aceptable. Por ello, el gobierno federal formuló una nueva propuesta conocida como Acuerdos de Charlottetown, que establecían una serie de puntos de reformas constitucionales que, si bien muchos se retomaban del fallido Acuerdo de Lago Meech, presentaban la variante de incorporar a los territorios del norte en las discusiones, al igual que a sus diversos grupos étnicos.

No obstante, antes de ser incorporados estos nuevos acuerdos, se requería que las propuestas de reformas constitucionales fueran aprobadas en todas las provincias del país mediante referéndums, que se llevarían a cabo precisamente el 26 de octubre de 1992, en clara referencia a la propuesta original del referéndum de Quebec.

Al igual que el malogrado intento previo, el Acuerdo de Charlottetown comenzó con la aprobación de los diez ministros provinciales y de los dos líderes de los territorios de Yukón y del Noroeste, donde se considera a la mayoría de la población como Primeras Naciones o pueblos indígenas originales. De manera paralela, estos nuevos acuerdos contaron con la aprobación de los líderes de los grupos indígenas: *métis* e *inuit*.<sup>24</sup>

Así, al inicio parecía que en general esta propuesta de reforma constitucional llegaría a buen término. Sin embargo, en cuanto el acuerdo fue emplazado para su aprobación popular sus detractores tomaron fuerza, pues argumentaron que, de concretarse, el “Acuerdo de Charlottetown podría crear jerarquías sociales, con francocanadienses en la cima, habitantes nativos en el escalón siguiente y minorías étnicas en lo más bajo [, mientras...] los habitantes del Oeste se quejaban de que las provincias centrales concentrarían más poder que nunca” (Brown, 2002: 568-569). Incluso en Quebec, las protestas por parte de sectores nacionalistas crecieron en su repudio al Acuerdo de Charlottetown por considerarlo insuficiente.

En estas circunstancias, el resultado final del referéndum fue adverso para el acuerdo, ya que sólo cuatro provincias (Nueva Brunswick, Terranova, Ontario y la Isla del Príncipe Eduardo) y un territorio (Noroeste) lo aprobaron. Así, de nueva cuenta fracasó esta propuesta de reforma constitucional, cuya meta principal era resolver el asunto quebequense, además de encontrar salida a los conflictos federales-provinciales en materia fiscal y económica.

Como resultado de este nuevo revés, amplios sectores nacionalistas quebequenses, incluidos sus partidos políticos, vieron la oportunidad para convocar a su población a un nuevo referéndum de separación. Este intento se dio el 30 de octubre

<sup>24</sup> Los *métis* son un grupo étnico mestizo asentado principalmente en las provincias centrales de Canadá y, una de sus principales características es que se les considera descendientes de indígenas y europeos. Los *inuit*, por su parte, son un grupo étnico asentado sobre todo en Nunavut, en territorios del Noreste, en el norte de Quebec y en la península del Labrador; se les conoce como esquimales.

de 1995, y la pregunta elegida fue: “¿Está usted de acuerdo en que Quebec logre la soberanía después de haber hecho un ofrecimiento formal a Canadá para alcanzar una nueva sociedad económica y política, en el ámbito de un proyecto respecto al futuro de Quebec y del acuerdo firmado el 12 de junio de 1995?” (Marianopolis College, 2000).

En esta ocasión, el “no” se impuso por un estrecho margen del 49.6 por ciento, frente a un 48.5 por ciento que optó por el “sí” (Brooks, 2012: 55). De hecho, los separatistas perdieron este referéndum por 54 288 votos, producto de una participación del 93.52 por ciento de los ciudadanos, cifras que son en sí mismas dignas de tomarse en consideración (Courtney y Smith, eds., 2010: 97).

Después de esta llamada de atención para la unidad canadiense, el gobierno federal estableció una serie de lineamientos tendientes a evitar nuevos escenarios como el experimentado en Quebec en 1995, el cual habría hecho posible —a corto plazo— la independencia de la provincia y, con ello (como ya se señaló), la división del país en al menos tres nuevas entidades políticas (Canadá Occidental, Quebec y Canadá Oriental). Esta posibilidad de separación territorial de Quebec obedecía sobre todo al carácter ambiguo y pretencioso de la pregunta, ya que daba oportunidad para que grupos nacionalistas empujaran a éste a una separación total de Canadá en el corto o mediano plazo. Por tal situación, el gobierno federal decidió elaborar una serie de mociones en la Cámara de los Comunes que dieran la posibilidad a Quebec de alcanzar su anhelado estatus de sociedad distinta. Entre éstas mociones destacaba el uso del idioma francés y un régimen legal especial derivado de su propia cultura no anglosajona. Al mismo tiempo, el gobierno central de Ottawa iría más allá de un consenso constitucional al conceder un mayor control en los sistemas de enseñanza y capacitación laboral de las provincias, con el fin de ajustar sus programas educativos a la demanda de empleo en cada una.

De manera paralela, mientras el gobierno federal concedía los anteriores beneficios y reconocimientos a Quebec, decidió presentar la iniciativa de ley de Claridad (Clarity Bill), mediante la cual se buscaría limitar las posibilidades de nuevos intentos separatistas quebequenses a través de nuevos referéndums. Para lograrlo, se estableció en ella que la Cámara de los Comunes sería el único organismo encargado de valorar la claridad de la pregunta que se hiciera en futuros referéndums quebequenses. “Esta última cláusula, le dio efectivamente la autoridad al Parlamento para revocar cualquier decisión del referéndum, si sus resultados fuesen inconsistentes con el Acta de Claridad” (Hristoulas, Denis y Word, comps., 2005: 39). Con todo esto sería superada la última amenaza al federalismo canadiense en el siglo xx, de una forma poco democrática y por decreto.

Una vez hecho este breve recuento histórico-político, el cual ha tenido la intención de identificar los orígenes y características que moldean el confuso sistema

federal canadiense de la actualidad, es lógico suponer que los futuros retos de la federación y del sistema político de Canadá se originarán en viejos problemas aún no resueltos. En este sentido, las nuevas variantes de complejidad que ofrece el desgastado federalismo canadiense requerirán de soluciones e imaginación de su clase política, a fin de encontrar nuevas salidas que eviten una escisión del país y al mismo tiempo, que garanticen mayores poderes provinciales sin perjuicio del gobierno central.

Lo anterior sólo será posible en la medida en que la sociedad canadiense sea representada y se sienta representada con los actores políticos predominantes. En definitiva, tales actores surgirán de su propio sistema de partidos políticos, los que a su vez son resultado de una maquinaria política compleja que requiere solucionar, a mediano plazo y de una vez por todas, viejos pendientes que no parecerían coincidir con un país que hasta hace poco servía de paradigma político y democrático a nivel internacional.

#### PRIMEROS AÑOS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN CANADÁ

Se debe comenzar señalando que a lo largo de la historia política de Canadá han existido un sinnúmero de agrupaciones políticas de carácter partidista de todos los géneros, desde los anticonfederados, los socialistas, los cristianos, los comunistas, los anticomunistas, los indigenistas, los laboristas, los nacionalistas y muchas otras más. Por ello, entre las manifestaciones partidistas más recientes y que sirven precisamente para dimensionar la diversidad de opiniones entre la sociedad canadiense pueden contarse, por ejemplo, el Partido de la Marihuana (2000)<sup>25</sup> con representación nacional, o el Partido del Sexo (The Sex Party, 2009), éste último con representación en la provincia de Columbia Británica.

Sin embargo, pese a esta aparente diversidad partidista, en años recientes, sólo cinco partidos políticos se han visto representados en la Cámara de los Comunes: el Partido Conservador, el Partido Liberal, el Partido Neodemócrata, el Bloque Quebequense y el Partido Verde.

Ahora, en lo que corresponde a los primeros partidos políticos canadienses, debe decirse que surgieron con el nacimiento mismo de Canadá como entidad política, y de manera formal se dividieron en liberales y conservadores, aunque también existían los anticonfederados que, como su nombre lo indica, estaban en contra de la conformación de una confederación.

<sup>25</sup> Para mayor información de su historia, plataformas y resultados electorales históricos véase Longley (s.f.).

A pesar de esto, la presencia de grupos políticos de carácter regional ha sido generalmente muy limitada; en el caso de las primeras elecciones de 1867, sólo sucedió en la provincia de Nueva Escocia. Incluso cabría señalar que el porcentaje de votos obtenido por los anticonfederados en esas primeras elecciones no alcanzó siquiera para lograr tener representación en la Cámara de los Comunes.

Se puede afirmar que, desde el inicio de la historia política canadiense, han sido dos las agrupaciones que concentran las preferencias electorales de los votantes. Por un lado está el Partido Conservador, que en esas primeras elecciones de 1867 obtuvo el 50 por ciento de los votos y el derecho a tener ciento un miembros en la Cámara de los Comunes. Por otro lado, el Partido Liberal, con el 49 por ciento de los votos, se tuvo que conformar con ochenta representantes en la misma Cámara.<sup>26</sup> Como resultado de esta elección, el primer primer ministro en la historia canadiense sería el conservador *sir* John Alexander Macdonald, quien gobernó durante su primer periodo entre 1867 y 1873, y logró su reelección por un ajustado margen del 49.9 por ciento contra un 49.1 por ciento de sus rivales liberales en las elecciones de octubre de 1872.<sup>27</sup>

Sin embargo, en noviembre de 1873, Macdonald se vio obligado a renunciar debido a un escándalo por supuestos actos de soborno durante la construcción de líneas de ferrocarril. Como consecuencia, el Partido Liberal ganó las elecciones adelantadas de 1874, al obtener la mayoría con ciento treinta y tres asientos en la Cámara de los Comunes. Fue así que llegó al poder el primer primer ministro liberal Alexander Mackenzie, nacido en Escocia.

Los procesos electorales siguientes, de septiembre de 1878, junio de 1882, febrero de 1887 y marzo de 1891, favorecieron al Partido Conservador hasta las elecciones de junio de 1896, cuando el Partido Liberal logró mantenerse en el poder hasta septiembre de 1911, es decir, resultaron vencedores en cuatro procesos electorales federales consecutivos. De esta forma, desde el principio, liberales y conservadores se consolidaron como las únicas dos agrupaciones partidistas con posibilidades reales de llegar al poder.

Es necesario señalar que fue hasta las elecciones de 1896 cuando agrupaciones diferentes a los dos partidos políticos canadienses tradicionales y hegemónicos ocuparon asientos en la Cámara de los Comunes: los nuevos y fugaces partidos representados fueron los conservadores independientes—miembros de diversas asociaciones de protección protestante anticatólica—, los patrones de la industria y los liberales independientes (Parliament of Canada, 2011).

<sup>26</sup> El 1 por ciento restante se disipó entre partidos pequeños de carácter local.

<sup>27</sup> Para mayor información acerca de cifras y porcentajes que se utilizarán en lo sucesivo, véanse los sitios Parliament of Canada (2011) y Heard (2005).

En este sentido, los conservadores independientes fueron candidatos de varios grupos, uno de ellos la asociación de protección protestante, misma que buscaba, sobre todo, limitar los derechos de los católicos y los francohablantes en la provincia de Ontario. Otro importante sector de conservadores independientes fueron los candidatos de McCarthyite, quienes centraban sus propuestas en los mismos esquemas de reducción de espacios a los ciudadanos católicos y de habla francesa, con el fin de fortalecer la religión protestante en las provincias de Manitoba y Ontario.

Por otra parte, los patrones de la industria fueron un grupo político con representación en la Cámara de los Comunes por parte de la provincia de Ontario después de las elecciones de 1896. Esta agrupación política aglutinaba tanto a grupos de agricultores rurales, como a propietarios de negocios urbanos, inconformes con las políticas provinciales. Esta entidad partidista se reformuló a partir de 1900, cuando se sumó al Partido Liberal de Ontario con el fin de incorporar en sus filas tanto a católicos como a protestantes.

En lo correspondiente a las características de los gobiernos conservadores durante las primeras ocho legislaturas (hasta 1896), se centraron en impulsar la construcción de líneas de ferrocarril para unir a las provincias y extender el territorio canadiense. Para alcanzar tal meta se concretaron acuerdos de incorporación con nuevas provincias como Manitoba (1870), Columbia Británica (1871) y la Isla del Príncipe Eduardo (1873); asimismo, se incorporaron a Canadá los territorios del Noroeste (1870). Precisamente, fue durante la primera administración del primer ministro conservador, Macdonald, cuando se hicieron los principales acuerdos de extensión territorial de la federación canadiense, en una primera fase.

Respecto a las administraciones de corte liberal, cabe señalar que de las ocho primeras legislaturas canadienses sólo dos fueron liberales, entre ellas, la segunda administración en la historia de Canadá. Ésta fue encabezada por Mackenzie quien, a pesar de haber asumido el poder en medio de una fuerte crisis económica y política, fue capaz de mantener la estabilidad en el país. Entre sus acciones más sobresalientes destaca haber creado la Suprema Corte de Canadá, así como el Departamento de Milicia y Defensa.

Resulta oportuno subrayar que los cuarenta y un procesos electorales, a lo largo de los ciento cuarenta y cuatro años y tres meses desde septiembre de 1867 (primera elección) hasta diciembre de 2011 (periodo en que concluye el análisis de este libro), comprenden veintitrés triunfos electorales para el Partido Liberal, mientras que los conservadores, en sus diferentes agrupaciones partidistas, cuentan con dieciocho triunfos electorales.

Estos datos son una muestra tangible de lo cerrado que puede ser el sistema político canadiense, respecto a las posibilidades reales que se brindan a otras agrupaciones partidistas —distintas a liberales y conservadores— para competir en el

escenario político en igualdad de circunstancias. Esta realidad ha generado la consolidación de un duopolio hegemónico que domina casi en su totalidad las políticas federales del país.

A continuación, en un ejercicio que busca identificar a los actores políticos más influyentes, habrán de señalarse las características más importantes de los liderazgos y gobiernos, ya sean liberales o conservadores, con la intención de crear marcos históricos que ayuden a ofrecer referencias más precisas acerca de los orígenes ideológicos de ambas agrupaciones partidistas. Al mismo tiempo, se conocerán las particularidades de sus distintas administraciones para identificar algunas variantes en su acción de gobierno.

#### GOBIERNOS MÁS REPRESENTATIVOS QUE HAN CONFORMADO LA IDENTIDAD, VALORES Y PLATAFORMAS DEL PARTIDO CONSERVADOR

El conservadurismo canadiense tiene sus orígenes en los usos del protestantismo anglosajón proveniente de la antigua metrópoli; de ahí que sus principios y tradiciones políticas tengan mucho en común con sus pares del ala conservadora en Gran Bretaña. Sin embargo, con el paso del tiempo este sector político organizado de Canadá fue adquiriendo su propia personalidad y características, de acuerdo con las necesidades que como grupo requería proyectar al resto de la sociedad.

Desde sus orígenes, el sector conservador canadiense identifica a *sir* John Alexander Macdonald como su gran patriarca y fundador. Este personaje, además de haber sido el primer primer ministro canadiense, fue también líder del Partido Liberal-Conservador (conservador), cuyas raíces políticas se originaron en los reformistas moderados y conservadores de Ontario a mediados de la década de los años cincuenta del siglo XIX.<sup>28</sup> Ya en funciones, Macdonald estableció una serie de políticas partidistas conservadoras con la meta de reforzar la unidad nacional, la federación y el equilibrio social y económico en todo el país.

Después de la consolidación del sistema federal en Canadá, el partido en el poder, es decir, el Liberal-Conservador, fue adaptándose a los nuevos retos imperantes en el ámbito político canadiense, pues su prioridad fue, en un principio, hacer coincidir los intereses de católicos quebequenses con los de *tories* conservadores anglosajones. Al mismo tiempo, Macdonald buscó acercarse a los sectores populares rurales inconformes con la federación, y también a grupos de hombres de negocios con sede en las ciudades más importantes.

<sup>28</sup> Páginas más adelante, abordaremos la génesis de este partido.

Fue el propio Macdonald quien en su segundo periodo como primer ministro (1878-1891) y con tres reelecciones a sus espaldas, comenzó a infundir un carácter más conservador a su partido, lo cual provocó la inconformidad y posterior salida del ala más liberal del mismo, quienes se incorporarían a las filas del Partido Liberal. Durante este periodo el ala conservadora en el poder, bajo el mando de Macdonald, conformó una estrategia de gobierno más centralizada, en detrimento de las provincias.

Asimismo, el primer ministro se planteó la meta de lograr la expansión total hacia el oeste, lo que hizo de Canadá otro país transoceánico en Norteamérica. De manera simultánea se instrumentó una política proteccionista que limitaba el comercio con Estados Unidos, con el firme objetivo de incrementar los lazos comerciales con Gran Bretaña.

En razón de lo anterior, los miembros del Partido Liberal-Conservador que buscaban alcanzar mayor capacidad de maniobra a favor de las provincias y más independencia respecto de Gran Bretaña identificaron en esta política comercial antiestadunidense una estrategia de carácter federal centralizado, que intentaba estrechar aún más los lazos con la metrópoli. Esto provocó, como se ha dicho, la salida de esos miembros, y su adhesión inmediata al Partido Liberal. Este hecho ayuda a identificar el origen del sistema político canadiense, pues ambos grupos políticos (liberales y conservadores) tuvieron concepciones diferentes respecto al federalismo y el comercio con Estados Unidos, e hicieron patentes estas diferencias frente al electorado.

Ya a finales del siglo XIX, el escenario político canadiense mostraba a un grupo de conservadores más inclinados a fortalecer un gobierno de carácter centralizado y con opiniones coincidentes en cuanto a mantener su distancia de Estados Unidos. La estrategia de retraer su relación comercial con el vecino del sur incrementaría de manera natural sus fuertes lazos económicos con Londres. Sin embargo, al lado opuesto, se ubicaban hombres más influenciados por los valores liberales europeos, quienes pugnaban por un gobierno menos centralizado y más proclive a la diversificación comercial. Tal situación significaba, al mismo tiempo, su gradual separación e independencia económica de Gran Bretaña. Estos dos factores (federalismo y comercio) resultaron fundamentales para identificar, en su origen, las plataformas y estrategias a seguir por parte de ambos grupos antagónicos en Canadá durante varias décadas, a pesar de que en años posteriores sea a veces muy difícil diferenciar a unos de otros.

La llegada del siglo XX mostró un sistema político más definido, con plataformas más identificables en el nivel interno, y rivalidades más claras al interior de las provincias. Así, después de la muerte en funciones de *sir* John Alexander Macdonald, la reestructuración del Partido Conservador fue inevitable, al igual que sus diferencias de los rivales liberales.

Es evidente que durante buena parte del primer periodo político de Canadá, fue el ala conservadora la que dominaría el escenario, al haber encabezado seis de las primeras siete administraciones, y haber gobernado durante veinticinco de los primeros veintinueve años de vida del país. Esta situación otorgó al Partido Conservador la oportunidad de cimentar sus plataformas políticas estando aún en funciones, mientras que sus opositores liberales tuvieron que lidiar con el mismo dilema, pero desde la oposición.

Como producto del desgaste de haber gobernado durante prácticamente tres décadas, a partir de las octavas elecciones federales en el año de 1896 se sucedieron una serie de resultados adversos para el Partido Conservador. Esto se refleja en cuatro elecciones consecutivas (1896, 1900, 1904 y 1908). Así, fue hasta la decimoprimerá elección de 1911 cuando un nuevo líder conservador, en este caso Robert Borden, obtuvo la victoria, sólo después de dos intentos fallidos como líder de la oposición (en 1904 y 1908).

Debe señalarse que se considera a Robert Borden el segundo gran patriarca conservador en la historia de Canadá y el primero del siglo xx. Asumió el liderazgo del Partido Conservador desde 1901 y en 1911 logró apropiarse del cargo de primer ministro. Su administración se tuvo que adaptar a los tiempos de la primera guerra mundial, al comprometer a su país en los esfuerzos bélicos en Europa casi desde el inicio mismo de las hostilidades. De hecho, Canadá sería el país americano que mayor participación tendría a lo largo de todo el conflicto armado.

Debe recordarse que este activismo militar y diplomático canadiense obedeció a que Canadá, hasta 1931,<sup>29</sup> aún era un país dependiente de la Corona británica en materia de política exterior, situación que lo llevó a sumarse a la declaración de guerra de Gran Bretaña en contra de Alemania y sus aliados. Así, con el fin de cumplir y aumentar la cuota de voluntarios para el ejército británico, el primer ministro Borden decidió establecer el servicio militar obligatorio, hecho que generó profundo malestar, sobre todo en la provincia de Quebec, pues en general los ciudadanos quebequenses no manifestaban un sentimiento de lealtad profundo hacia Gran Bretaña o Francia. Esta decisión desencadenó una serie de protestas callejeras en Montreal, pues las noticias de las condiciones en las trincheras en Europa no sólo impedían que aumentara el número de voluntarios de habla francesa para la guerra, sino que también provocaban un sentimiento de abierto rechazo a la posibilidad de involucrar a más jóvenes de la provincia en un conflicto que se consideraba ajeno.

No obstante este rechazo popular, el servicio militar se impuso en todo el territorio canadiense, decisión que agudizó las tradicionales y añejas divisiones entre franco y anglófonos, pues mientras éstos aceptaban su papel en la guerra recono-

<sup>29</sup> Recuérdese que en ese año se firmó el Estatuto de Westminster.



ciendo su lealtad a la Corona inglesa, los primeros rechazaban todo vínculo y compromiso político con Inglaterra. Por esta razón, y ante la amenaza de nuevas divisiones internas, Borden decidió crear el Partido Unionista, integrado por conservadores y miembros del Partido Liberal que simpatizaban con su ley de servicio militar obligatorio.

El objetivo del Partido Unionista fue mantener la unidad nacional ante las amenazas externas e internas que generaba la primera guerra mundial, sobre todo debido a los fuertes compromisos canadienses con Gran Bretaña, y al malestar que esto provocaba en Quebec.<sup>30</sup> Tal estrategia unionista de Borden redundó en una victoria para las elecciones del 1917: los resultados de ese proceso electoral le permitieron mantener la mayoría parlamentaria, pues su partido logró ciento cincuenta y tres de los doscientos treinta y cinco asientos en la Cámara Baja (Parliament of Canada, 2011), frente a los ochenta y dos que obtuvieron los liberales leales a Wilfrid Laurier.

Pese a la actitud que asumió el líder liberal Laurier y muchos diputados leales a su figura, el asunto de la conscripción obligatoria durante la primera guerra mundial ha sido uno de los casos más evidentes en donde las élites liberales y conservadoras decidieron llevar sus esfuerzos hacia un mismo sentido, sin importar las diferencias ideológicas partidistas. Con ello, se sentaría un precedente en que las coincidencias terminan siendo más comunes que las diferencias entre los círculos oligárquicos del país.

Como es de esperarse, la gran mayoría de los votos emitidos para el Partido Liberal durante las elecciones federales de 1917 se concentraron en la provincia de Quebec, cuya sociedad manifestó, de esta forma, su animadversión a los compromisos de guerra contraídos por el gobierno canadiense para con sus aliados europeos.

Terminada la guerra, en 1918, el gobierno de Borden buscó poner en marcha de nuevo a la economía canadiense, ya que se había concentrado en la industria militar y de provisiones. Con el fin del conflicto armado en Europa, y tras el retiro de Robert Borden en 1920, el Partido Unionista no encontró la manera de subsistir y tuvo que volver a fundarse bajo el nombre de Partido Nacional Liberal-Conservador de Canadá. No obstante este largo nombre, la agrupación política y sus integrantes continuaron siendo reconocidos de manera pública como Partido Conservador.

En la decimocuarta elección federal canadiense de 1921, la ausencia de un liderazgo efectivo en el sector conservador, al igual que los conflictos al interior del mismo, provocaron su derrota electoral, pues lograron sólo cincuenta de los doscientos treinta y cinco asientos disponibles en la Cámara de los Comunes. Estos números

<sup>30</sup> De hecho, Canadá, con alrededor de ocho millones de habitantes en aquella época, envió a poco más de 620 000 de sus ciudadanos al frente de guerra (entre soldados y enfermeras), de los cuales perdería a 67 000 en combate. Al mismo tiempo, se registraron alrededor de 173 000 heridos, quienes requirieron de apoyos y servicios después de la guerra (Wilde, s.f.).

representaban sólo el 30.3 por ciento del total de los votos, lo que significó, en su momento, el porcentaje más bajo obtenido por los conservadores en cualquier elección previa (Heard, 2005).

Las razones de esta derrota electoral de 1921 parecen obedecer a diversas circunstancias. Por un lado, está el resentimiento de una buena parte de la población por el activo papel de Canadá en la primera guerra mundial. Pero también, por el otro, se encontraba la falta de compromisos asumidos por el gobierno conservador hacia grupos de agricultores capitalistas de origen anglosajón en las provincias de Manitoba, Alberta y Ontario. Tales factores motivaron que estos grupos económicos y sociales crearan un nuevo partido político conocido como Partido Progresista de Canadá. Lo más trascendente de esta agrupación partidista radica en que fue la primera ocasión en que un partido diferente al liberal o al conservador lograría ocupar el sitio de primera oposición en el Parlamento canadiense, pues obtuvo 64 curules.

Posteriormente, y ya conformados de nueva cuenta como Partido Conservador, las elecciones de octubre de 1925 dieron un breve respiro a los *tories* después de ganar la contienda, con ciento dieciséis asientos de los doscientos cuarenta y cinco en disputa. Sin embargo, el gobierno de su líder en turno, Arthur Meighen, no obtuvo la mayoría absoluta parlamentaria requerida de ciento veintitrés curules, situación que terminó provocando la caída de su administración a tan sólo tres meses de haber asumido el cargo.<sup>31</sup> Lo anterior fue posible gracias a una alianza de sus opositores en la Cámara de los Comunes, quienes concentraron sus esfuerzos en acusar al gobierno de Meighen de malversación de fondos públicos. La presión opositora llegó a tales niveles, que su gobierno recibió un voto de censura avalado por la Corona británica, hecho que lo obligó finalmente a convocar a nuevas elecciones en septiembre de 1926, en las cuales el Partido Conservador perdería el estatus de primera minoría parlamentaria después de haber obtenido sólo noventa y nueve asientos (Heard, 2005).

Cuatro años después, es decir, en las elecciones federales de julio de 1930, un veterano líder conservador, Richard Bedford Bennett, logró arrebatar el gobierno a sus contrincantes liberales por un lapso de cinco años. Algo de lo más trascendente de estas elecciones radica en que el Partido Conservador obtendría una mayoría parlamentaria absoluta, cosa que no se presentaba para esta agrupación partidista desde hacía más de diez años. Es importante decir que Richard Bedford Bennett asumió el liderazgo de su partido a partir de 1927, después de la histórica derrota electoral del anterior primer ministro conservador y su efímera administración de tres meses. De esta manera, y con el fin de encumbrar nuevamente al Partido Con-

<sup>31</sup> La administración conservadora de Arthur Meighen ha pasado a la historia como una de las dos más cortas y controversiales en Canadá (duró del 26 de junio al 25 de septiembre de 1926).

servador, Bennett estableció desde el principio la necesidad de allegarse de recursos provenientes de todas las provincias.

La principal dificultad del Partido Conservador radicaba en que había experimentado escisiones al interior, realidad que había beneficiado a varios partidos regionales que incluso en elecciones a nivel federal restaban votos al bloque conservador. Aunado a lo anterior, el encono provocado por los dos primeros ministros anteriores de extracción conservadora (Robert Borden y Arthur Meighen) debido a sus posicionamientos respecto al papel activo de Canadá en la primera guerra mundial, continuó siendo un problema para incorporar nuevos elementos humanos y económicos que renovaran al partido.

Tales antecedentes hacían lucir a los conservadores, ante amplios sectores de la opinión pública, como una agrupación más comprometida con el exterior que con los verdaderos intereses de Canadá. Esta condición no era extensiva para el caso de las provincias con mayoría anglosajona del oeste; sin embargo, su densidad demográfica palidecía si se comparaba con las cantidades de votos potenciales concentrados en las provincias centrales, es decir, en Ontario y Quebec. Bajo esta lógica, quedó claro para Bennett y el Partido Conservador que las heridas causadas por la conscripción obligatoria en Quebec debían sanarse por el bien del partido en el futuro.

Así, y para cambiar la percepción acerca de los *tories* en las provincias centrales del país, Bennett puso en marcha la estrategia de encabezar una oposición constructiva y conciliadora con sus oponentes políticos, en donde los discursos incendiarios estuvieran ausentes. Ya durante la campaña política en los meses de junio y julio de 1930, Bennett aprovechó el dinamismo que se observaba por el incremento de los radio-receptores domésticos para enviar mensajes a la audiencia, en los cuales la conciliación nacional y el afán de crecimiento fueran el tema recurrente. Consciente de la gran ventaja que representaba llegar al interior de las casas de los votantes, Bennett concentró su campaña electoral enviando discursos a través de esta novedosa técnica radiofónica para ganar adeptos.

El éxito de su labor como un moderado líder de la oposición, y su campaña electoral apuntalada en aprovechar los nuevos recursos tecnológicos de su tiempo, dieron un triunfo contundente a Bennett y a su partido en el proceso de 1930, pues obtuvieron ciento treinta y siete de los doscientos cuarenta y cinco asientos en el Parlamento, números que representan alrededor del 50 por ciento de la preferencia electoral neta (Parliament of Canada, 2011). Por su parte, los liberales obtuvieron noventa y un curules. Los diecisiete asientos restantes se repartirían entre los Agricultores Unidos de Alberta, los liberales progresistas, los progresistas, los laboristas, el Partido Independiente Laborista, la Unión de Agricultores de Ontario y dos diputados independientes (Parliament of Canada, 2011).

Cabe señalar que gracias a las innovaciones tecnológicas, las elecciones de 1930 permitieron una mayor variedad de partidos políticos representados (nueve en total). Esto fue resultado del elevado activismo político de diversos sectores de la vida canadiense, los cuales se vieron motivados para organizarse a fin de hacer cumplir sus viejas demandas regionales, elevando así su voz a nivel federal. Lo anterior significó la primera crisis al interior de los dos partidos hegemónicos canadienses (liberales y conservadores), ya que la diversidad partidista de 1930 fue un claro mensaje que manifestaba la posibilidad del surgimiento de nuevos partidos que amenazarían el monopolio político de las élites canadienses dominantes hasta ese momento.

La administración conservadora de Richard B. Bennett se caracterizó por hacer frente a la Gran Depresión de 1929. Con objeto de sortear los embates económicos provocados por la crisis iniciada en Estados Unidos, Bennett acudió a la típica solución conservadora de aquellos años: estrechar más sus vínculos con Gran Bretaña para incrementar su comercio con la Corona, en detrimento del comercio con el resto del mundo. Sin embargo, la medida no fue suficiente, debido a que Gran Bretaña también quedó sumergida en una aguda crisis, lo que obligó al gobierno conservador canadiense a crear programas internos que buscaran paliar la crisis y el desempleo.

En este sentido, quizá la política reactiva más conocida de la administración de Bennett haya sido su *New Deal* al estilo canadiense. Por medio de éste se generó una intervención estatal sin precedentes para disminuir los salarios e incrementar las horas de trabajo, a cambio de otorgar seguros de desempleo, servicios de salud gratuitos universales, amplios subsidios a los productores agrícolas y al sistema de pensiones. No obstante, dichas medidas no fueron consideradas favorables, ni siquiera al interior de su propio partido, pues la intervención estatal no generó adeptos dentro de las filas *tories*, situación que fue mermando cada vez más al gobierno de Bennett, lo cual los llevó a su derrota electoral en 1935.

Tuvieron que transcurrir veintidós años para que nuevamente el bloque conservador —representado ahora por el Partido Conservador Progresista— lograra ganar de nueva cuenta unas elecciones federales en Canadá, hasta el año de 1957. De esta forma, durante poco más de dos décadas, el tradicional Partido Conservador tuvo que refundarse en una nueva agrupación política, pues los liderazgos emergentes provinciales dificultaron consensos bajo las viejas estructuras partidistas conservadoras.

En estas circunstancias, en 1942, y ante las necesidades propias de un sistema político en constante movimiento, el tradicional Partido Conservador se transformó en el Partido Conservador Progresista de Canadá. Esta reconfiguración de los esquemas conservadores canadienses tuvo por objeto aglutinar de nueva cuenta a los conservadores de todas las provincias, en un intento por homologar los intereses provinciales de grupos identificados con los principales valores conservadores

tradicionales: el libre mercado con Gran Bretaña y una lealtad permanente hacia la Corona inglesa.

Pero, al mismo tiempo, una nueva serie de valores fue incorporándose a la plataforma conservadora en Canadá al inicio de la década de los años cuarenta, muestra de ello es la insistencia partidista por establecer mecanismos de menor intervención estatal en asuntos públicos después de la instrumentación del modelo de Estado de bienestar —como producto de la Gran Depresión— puesto en marcha por Bennett, mismo que tuvo una buena acogida por la población en general. Del mismo modo, el combate frontal a la ideología soviética conocida mediáticamente como *comunismo* se convirtió en uno de los elementos más socorridos por el conservadurismo canadiense, situación que serviría como herramienta discursiva para reforzar su identidad.

En esta dinámica, y una vez identificados los problemas del viejo Partido Conservador, una nueva estrategia se puso en marcha en el nuevo Partido Conservador Progresista de Canadá, con el objetivo firme de regresar al poder. Conscientes de que el dominio de sus oponentes liberales se debía, en buena medida, a su ejercicio del poder, el nuevo partido *tory* organizó una planeación a mediano plazo, concentrando sus esfuerzos en redirigir un mensaje renovado para la sociedad canadiense, poniendo especial énfasis en la obligación del Estado para permitir la libre empresa. Al mismo tiempo, este nuevo partido promovió incrementar sus relaciones comerciales con Gran Bretaña, además de garantizar y programar un servicio militar efectivo que garantizara la seguridad del país. Para lograr esto último resultaba fundamental reafirmar los lazos y las alianzas con Inglaterra y sus antiguas colonias frente a la ebullición de nuevas ideologías europeas como lo eran el socialismo soviético, el fascismo italiano y el nacional socialismo alemán.

Sin embargo, la consolidación de la plataforma del renovado Partido Conservador Progresista no fue bien recibida por el electorado, ya que le costaría cuatro derrotas consecutivas (1940, 1945, 1949 y 1953). No fue sino hasta las elecciones federales de 1957, cuando, liderados por John Diefenbacher, esta agrupación conservadora lograría una victoria electoral, aunque no por mayoría parlamentaria. Este resultado otorgó ciento doce asientos al partido de Diefenbacher, frente a ciento cinco de los liberales. Por su parte, el Partido de la Federación Cooperativa Commonwealth alcanzó veinticinco curules; diecinueve el Partido de Crédito Social; una el Laborista Liberal; una los laboristas independientes, y los dos últimos asientos disponibles fueron para representantes independientes (Marleau y Montpetit, 2000).

Para llegar al poder, John Diefenbacher empleó un procedimiento conocido por los conservadores que consistía en aprovechar las nuevas tecnologías de la información, en este caso la televisión, que había experimentado un importante

desarrollo en la década de los cincuenta. Esta herramienta otorgó a Diefenbacher el espacio idóneo para hacer llegar su mensaje a todo el país.

Así, aprovechando el desgaste liberal después de veintidós años de ejercicio en el poder, Diefenbacher concentró su estrategia de campaña en su propia capacidad discursiva, promocionándose a través de los medios de comunicación. Ambos elementos, es decir, los medios y la habilidad de Diefenbacher para mostrarse frente al electorado como un candidato confiable, permitieron a su partido acceder de nueva cuenta al poder, contra todo pronóstico, sobre todo si se toma en consideración que su principal oponente había salido victorioso ya en dos procesos electorales previos, esto es, en los años 1949 y 1953.

Durante los primeros meses de su gestión, Diefenbacher se concentró en alcanzar la mayoría parlamentaria, toda vez que sólo superaba por siete asientos a sus oponentes liberales, mientras que los demás partidos políticos aglutinaban los cuarenta y ocho asientos restantes. Es decir, su gobierno comenzaba como primera minoría, con lo cual tendría muy limitada capacidad de maniobra frente a sus oponentes políticos, que juntos agrupaban a ciento cincuenta y tres diputados frente a los ciento doce conservadores.

Concedor de que las viejas prácticas conservadoras habían alejado a su partido del poder durante mucho tiempo, John Diefenbacher decidió ofrecer otro rostro a los electores al manifestar la preocupación de su partido y su gobierno por mejorar las condiciones sociales de los más necesitados. Así, su administración buscó un acercamiento con nuevos sectores sociales canadienses, quienes recibieron con agrado el recorte de impuestos y el incremento de pensiones, sobre todo a veteranos de las guerras, quienes se habían sentido abandonados por las recientes administraciones liberales.

Como resultado de estas políticas que llevó a cabo durante los primeros seis meses de su gobierno, los índices de aprobación de Diefenbacher se incrementaron con rapidez. Por tal motivo, después de señalar que sus antecesores liberales ocultaban información que permitía suponer la llegada a Canadá de una grave crisis económica, Diefenbacher solicitó la disolución del Parlamento, y con ello, una convocatoria a nuevas elecciones, lo que se concretó nueve meses después de asumir el cargo de primer ministro.

Esta agresiva estrategia, en 1958, tuvo como consunción que la vigésima cuarta elección federal otorgara un triunfo abrumador al Partido Conservador Progresista, al verse favorecidos con un 53.7 por ciento de los sufragios. Lo anterior significó doscientos ocho asientos en la Cámara de los Comunes, frente a cincuenta y siete de toda la oposición. Es decir, sólo el bloque conservador aglutinó en la vigésima cuarta legislatura canadiense una mayoría de ciento cincuenta y un curules (Parliament of Canada, 2011).

Esta mayoría absoluta permitió a Diefenbacher implementar una serie de políticas profundas, difíciles de contrarrestar gracias a su mayoría parlamentaria. Al mismo tiempo, el primer ministro *tory* ayudó a reconstruir a su propio partido, al reposicionarlo después de dos décadas de derrotas consecutivas frente a los liberales. Como consecuencia de dicha fortaleza política, John Diefenbacher emprendió una serie de medidas al interior de Canadá que buscarían fortalecer los derechos civiles, haciendo especial énfasis en su intención de establecer, sin ambigüedad, los lineamientos de todo gobierno para garantizar los derechos ciudadanos.

En lo que corresponde a Quebec, fue durante el periodo de Diefenbacher que dio inicio la llamada Revolución tranquila en dicha provincia.<sup>32</sup> Sin embargo, su administración no se involucró en tales acontecimientos, a pesar de que esta revolución pretendía alcanzar beneficios culturales, económicos y sociales que ya habían llegado al resto de las provincias de mayoría anglosajona.

Así, fue evidente que Diefenbacher optó por mantenerse al margen y ser sólo un espectador, alegando la soberanía provincial. El resultado de esta actitud indefinida del primer ministro fue que los ciudadanos más progresistas de Quebec consideraron que el gobierno federal de Diefenbacher podía haber participado más en algún sentido para apoyar las justas demandas de los quebequenses liberales. Esta postura del primer ministro estimuló los sentimientos nacionalistas de amplios sectores de la provincia con mayoría francohablante.

En cuanto a la política social, Diefenbacher dejó en claro que continuaría con la línea trazada por sus antecesores liberales: los apoyos gubernamentales en materia social, así como los subsidios federales a sectores sociales menos favorecidos dejarían de ser coto electoral exclusivo de los liberales o de otras agrupaciones políticas. En otras palabras, los apoyos y ampliación de beneficios sociales se incorporaron de lleno durante la gestión de Diefenbacher al discurso conservador canadiense.

En materia de política exterior, las estrechas y activas relaciones de este gobierno con el presidente estadounidense Dwight Eisenhower marcaron el final de la tradicional postura conservadora más cercana hacia Gran Bretaña, en menoscabo de su propia relación con las administraciones de Washington. Muestra de ello es la creación del Comando de Defensa Aérea de América del Norte (North American Air Defense Command, NORAD) en 1958, cuya meta principal era detectar e interceptar cualquier tipo de ataque proveniente de la Unión Soviética a través del ártico canadiense.

Puede afirmarse que, si bien la aprobación popular de Diefenbacher disminuyó como resultado de la desaceleración de la economía canadiense y de su falta de

<sup>32</sup> Se conoce como Revolución tranquila al proceso de profundas reformas políticas, económicas, educativas y culturales que se llevaron a cabo en toda la provincia de Quebec, de 1960 a 1966, mismas que transformaron la vida de los habitantes quebequenses hasta la actualidad.

interés por resolver asuntos de carácter nacional y provincial, al menos fue suficiente para alcanzar la primera minoría en el Parlamento después de las elecciones de 1962. Este nuevo proceso electoral dio muestra de una caída en el nivel de preferencias respecto de las elecciones anteriores, pues el Partido Conservador Progresista sólo obtuvo el 37.3 por ciento de los votos y ciento dieciséis curules, frente a noventa y nueve asientos de los liberales, treinta del Partido de Crédito Social, diecinueve del Partido Neodemócrata y uno del Partido Liberal Laborista (Heard, 2005).

Durante su breve tercer periodo de gobierno, Diefenbacher terminó por dividir las lealtades al interior de su propio partido y gabinete, debido a la poca claridad que manifestó frente al gobierno de John F. Kennedy durante la crisis de los misiles en Cuba en octubre de 1962. Este acontecimiento generó profundo malestar en el gobierno de Washington, pues Estados Unidos exigía claridad a sus aliados en asuntos relacionados con el territorio continental americano durante la guerra fría.

Este grave problema diplomático dio la oportunidad a la oposición canadiense, encabezada por el Partido Liberal, para solicitar la remoción del primer ministro y convocar a un nuevo proceso electoral en abril de 1963, lo cual fue posible ante la poca capacidad del gobierno de Diefenbacher para establecer alguna alianza con otro partido y, de esta forma, impedir que dicha solicitud de remoción prosperara.

De tal manera, la vigésima sexta elección en Canadá devolvió las funciones de gobierno a los liberales, al otorgarles ciento veintinueve asientos y el 41.7 por ciento de los votos, frente a noventa y cinco escaños de los conservadores y el 32.9 por ciento de las preferencias electorales. Por su parte, el Partido de Crédito Social obtuvo veinticuatro escaños, y los diecisiete restantes se quedaron en poder del Partido Neodemócrata (Heard, 2005).

Después de su derrota electoral de 1963, John Diefenbacher continuó como líder del Partido Conservador Progresista durante cuatro años más. En su gestión al frente de la oposición destaca su postura en contra de la adopción de la actual bandera canadiense, pues estaba a favor de que se usara la bandera tradicional con motivos británicos.

Una vez consumado el retiro de Diefenbacher, los *tories* se encontrarían bajo el dominio de sus rivales liberales en la arena electoral durante un periodo de dieciséis años. Esta situación privó en el escenario político hasta 1979 cuando el Partido Conservador Progresista, encabezado por su nuevo líder Joe Clark, asumió de nueva cuenta el poder en Canadá, después de la trigésima novena elección.

Joe Clark tuvo una veloz y ascendente carrera política; había asumido el liderazgo del Partido Conservador Progresista en la convención de 1976 y desde el momento en que se incorporó como líder de la oposición en la Cámara de los Comunes, llamó la atención por su juventud, ya que a los treinta y siete años había logrado escalar a los más altos niveles en la cúpula *tory*. Esta condición generó a Clark amplios



espacios mediáticos en radio y televisión, pues sus arengas fueron bien recibidas por la población, en un periodo dominado por la crisis económica y el desempleo.

El crecimiento mediático de Joe Clark coincidió con el proceso de fin de periodo del gobierno liberal en turno, condición que le dio oportunidad para competir por el cargo de primer ministro muy tempranamente. Esta confrontación electoral se dio en medio de condiciones económicas poco favorables y se tradujo en una disminución de los niveles laborales y en un incremento de impuestos. Tal coyuntura fue aprovechada por el Partido Conservador Progresista, ya que los resultados electorales de 1979 les dieron un inesperado triunfo, con ciento treinta y seis de los doscientos ochenta y dos escaños en disputa en la Cámara de los Comunes, a diferencia de los ciento catorce asientos obtenidos por los liberales, los veintiséis asientos del Partido Neodemócrata, y los seis del Partido de Crédito Social (Parliament of Canada, 2011).

Sin embargo, este retorno conservador como gobierno de minoría fue fugaz, ya que no lograron mantenerse en funciones por más de nueve meses, debido a que, desde su inicio, el gobierno de Clark manifestó francas incompetencias y su gabinete falta de experiencia, pues no lograron concretar alianzas con otros partidos representados en el Parlamento, lo cual habría permitido a Clark tener capacidad de maniobra y negociación frente a los liberales.

Al mismo tiempo, pese a contar con una ventaja mínima en la Cámara de los Comunes, Joe Clark decidió incrementar los impuestos en los combustibles, motivo que terminó provocando una declaración de pérdida de confianza por parte de la mayoría opositora, lo que adelantó una convocatoria electoral federal en febrero de 1980.

Durante esta campaña electoral, los rivales liberales crearon la imagen de que el primer ministro Clark era un individuo con buena oratoria pero sin capacidad alguna de gobernar. La consecuencia de esta batalla electoral fue particularmente dolorosa para el Partido Conservador Progresista, pues en realidad el electorado canadiense reaccionó en su contra a partir del anuncio de incremento al impuesto en combustibles. En este sentido, el elemento que quizá estuvo en contra del gobierno conservador fue que durante su campaña electoral Joe Clark se había comprometido no sólo a no aumentar impuestos, sino a reducirlos. Por lo tanto, el resultado de estas elecciones fue una muestra clara del malestar popular que generó en Canadá la promesa incumplida del primer ministro conservador. En otras palabras, al comprometerse Joe Clark a no incrementar impuestos y posteriormente —ya en el poder— actuar en forma inversa, generó entre la población la sensación de que el primer ministro conservador los había engañado. Esta condición fue aprovechada por la mayoría opositora en la Cámara de los Comunes, sobre todo por el Partido Liberal y su experimentado líder en turno Pierre Elliot Trudeau para retornar al poder.

Con esto puede concluirse el primer breve recorrido por las administraciones conservadoras (de 1867 a 1980), donde se aprecia que sus raíces idiosincráticas fieles al conservadurismo británico han logrado adaptarse a las dinámicas sociales canadienses, lo cual ha hecho posible la construcción de un proyecto nacional.

Con tal dinámica en consideración, la visión nacional *tory* ha evolucionado al paso de las décadas y ha logrado sobrevivir a los retos que han significado las constantes refundaciones partidistas conservadoras a lo largo de siglo y medio, ya sea bajo la figura de Partido Conservador-Liberal, Partido Conservador, Partido Unionista, Partido Nacional Liberal Conservador de Canadá, Partido Reformista, Partido de la Alianza Conservadora Canadiense, Partido Conservador Progresista de Canadá, hasta el actual Partido Conservador. Cabe mencionar que en el tercer capítulo de este libro abordaremos la metamorfosis partidista correspondiente al periodo 1980-2011.

Debemos hacer notar la existencia de dos grupos al interior del bloque conservador, los cuales han logrado sobrevivir a las refundaciones partidistas: se les conoce como conservadores rojos y azules (*red tories* y *blue tories*). Si bien las diferencias entre ambos grupos se hicieron públicas desde la segunda mitad del siglo xx, lo cierto es que las pugnas entre conservadores de extrema derecha y conservadores moderados han estado presentes desde los orígenes mismos de Canadá.

Al respecto, debe señalarse que, aunque los términos *blue tory* o *red tory* confunden, incluso, a los propios votantes conservadores canadienses, los *blue tories* concentran sus discursos y acciones más hacia el libre mercado y la menor intervención estatal, lo que incluye recortes en servicios sociales. Esta corriente azul dentro del Partido Conservador ha encontrado mayores coincidencias con el neoconservadurismo y con el neoliberalismo estadounidense que con las propias tradiciones políticas asistencialistas canadienses.

En tal sentido, valdría la pena recordar que los gobiernos conservadores del pasado han manifestado una activa participación estatal en la economía y, en general, en la vida social. La razón de este mayor activismo e intervencionismo estatal en la economía de Canadá tiene su origen en la necesidad del Estado canadiense de hacer sentir la presencia de sus políticas en todas las provincias, en un país muy grande y con añejas problemáticas de división cultural no resueltas hasta el día de hoy. Tal condición ha generado escenarios de división que cuestionan el funcionamiento del sistema federal canadiense en varios momentos de su historia. De este modo, los *tories* azules han tenido que adaptar sus demandas —de mayor libertad económica y menor intervención estatal— ante la necesidad de un federalismo más activo y presente en la vida de los ciudadanos.

Por su parte, los *tories* rojos han sido los conservadores más moderados en sus demandas de libre comercio y, en lo general, coinciden con la postura política de sus rivales liberales al compartir opinión con éstos en temas relativos al incremento

de la intervención estatal en la vida cotidiana, en el aumento a subsidios para sectores más vulnerables, así como en el reforzamiento y garantía de gratuidad en los sistemas de salud y educación. En general, los *tories* rojos coinciden con sus contrapartes europeos que defienden el modelo del Estado de bienestar y una mayor participación del Estado en la vida pública cuando así sea necesario.

Sin embargo, es importante señalar que el Partido Conservador, en sus etapas de gobierno desde 1867 hasta la actualidad, no ha definido nunca, de manera abierta, candidatura alguna en el nivel federal con base en estos dos grupos internos en pugna (*red* o *blue tories*). Lo anterior se entiende ya que, una vez que arriban al poder, ambos grupos gobiernan según los principios y tradiciones federales canadienses, para garantizar así la continuidad de un modelo de gobierno capitalista con fuertes inclinaciones hacia el bienestar social.

Asimismo, esta continuidad del sistema de bienestar ha sido tema constante durante las campañas políticas, pues todas las agrupaciones partidistas más o menos señalan los mismos puntos y prometen garantizar la continuidad de los mismos patrones de vida. Esta coincidencia pragmática en el nivel político y de gobierno ha permitido a las élites conservadoras y liberales mantener el control económico del país durante más de siglo y medio.

Una vez que hemos hablado del ejercicio de poder en Canadá y de las necesidades que requiere su federalismo, vemos que es muy difícil identificar a primera instancia las diferencias entre los gobiernos liberales y conservadores, a pesar de que ambos partidos tienen historias y plataformas distintas. En este sentido, tal y como se señalará en su oportunidad, las acciones de gobierno de los primeros ministros canadienses (ya sean liberales o conservadores) no se han encontrado supeditadas a su partido ni a sus fracciones en pugna. Al contrario, dicha situación permite al jefe del Ejecutivo en Canadá calcular de manera individual las consecuencias electorales de posibles virajes económicos y sociales con poca aceptación popular.

#### GOBIERNOS MÁS REPRESENTATIVOS QUE HAN CONFORMADO LA IDENTIDAD, VALORES Y PLATAFORMAS DEL PARTIDO LIBERAL

El Partido Liberal puede ser considerado en la actualidad como el más antiguo de Canadá, ya que su antípoda, el Partido Conservador ha experimentado una serie de reformulaciones que han incluido cambios de nombre, no obstante que su estructura social y su identificación como grupo político se han conservado intactas con el paso del tiempo.

Ahora bien, los orígenes ideológicos del Partido Liberal provienen de los valores liberales británicos que privilegiaban, como dogma, el libre mercado y la libertad

individual. Al respecto, cabe señalar que antes de la primera BNA de 1867, mientras las autoridades de los territorios de Nueva Escocia, Nueva Brunswick, el Alto y el Bajo Canadá, privilegiaban el comercio con Gran Bretaña en menoscabo de su comercio con Estados Unidos, los liberales canadienses insistían en la necesidad de diversificarlo con el vecino del sur, como parte de una estrategia tendiente a disminuir la enorme dependencia económica de la Corona británica.

En este esquema, la demanda de mayor liberalización comercial de los territorios británicos en el actual Canadá fue generando coincidencias entre ciudadanos canadienses seguidores de las doctrinas liberales británicas que, con el paso de los años, fueron un factor que permitió a dichos grupos civiles aglutinar sus objetivos alrededor de un único partido político, en este caso, el Partido Liberal.

El Partido Liberal de Canadá se registró para las primeras elecciones en 1867, y logró el segundo lugar detrás de los conservadores, situación que se repetiría en las siguientes elecciones de 1872. Durante la primera y la segunda legislatura, el papel del Partido Liberal se concentró en identificar y denunciar los errores del primer ministro conservador, y se apuntaron su primer éxito en 1873, justo cuando provocaron la renuncia de Alexander Macdonald acusándolo de corrupción y desvío de recursos durante la construcción de líneas de ferrocarril.

Así pues, las terceras elecciones federales canadienses de 1874 dieron la oportunidad al Partido Liberal de acceder al poder en la persona de Alexander Mackenzie, quien ocupó el cargo por cinco años, pero perdió la oportunidad de la reelección frente a su antecesor, el conservador *sir* John Alexander Macdonald.

Después de su primera experiencia de gobierno, el Partido Liberal no fue capaz de recuperar el poder en dieciocho años hasta el surgimiento de su primer gran líder histórico, *sir* Wilfrid Laurier, quien hasta las octavas elecciones federales de 1896 y gracias a su carácter conciliador y moderado, logró alcanzar la primera magistratura del país. Cabe señalar que Wilfrid Laurier fue el primer canadiense católico de origen quebequense y de habla francesa en asumir la primera magistratura del país.

El primero de los cuatro periodos consecutivos de Laurier se caracterizó por fortalecer las fronteras territoriales del país, situación que se concretó, en primera instancia con la delimitación y oficialización del Territorio de Yukón como canadiense en 1898, con lo cual la frontera del país con Alaska adquirió dimensiones más precisas.

En materia de asuntos internos, el tema de las escuelas en Manitoba atrajo la atención y los esfuerzos durante la primera administración de Laurier. El asunto giró en torno a la problemática de ir eliminando de manera gradual al idioma francés como lengua oficial en las escuelas de dicha provincia, una vez que se hizo evidente la disminución progresiva de francohablantes en todo Manitoba.

Asimismo, es necesario señalar que durante su primera gestión, el dilema de cómo manejar las relaciones exteriores del país con Estados Unidos y Gran Bretaña concentró buena parte de la atención de Laurier, pues si bien los liberales se inclinaban más hacia estrechar sus relaciones con los vecinos estadounidenses, lo cierto era que la agresividad de los gobiernos de Washington frente a Ottawa hacía a veces muy difícil cumplir el objetivo de ir alejando a Canadá de la madre patria.

En general, la primera gestión de Laurier recibió aprobación popular, tanto en el interior, al buscar resolver las diferencias entre franco y anglohablantes, como en el exterior, al insistir en su estrategia de no ceder ante las presiones estadounidenses, sin mostrarse por ello los canadienses como súbditos dóciles de la Corona británica. El resultado positivo de esos esfuerzos fueron las elecciones de 1900, pues Laurier y el Partido Liberal no sólo mantuvieron el poder, sino que aumentaron su dominio en la Cámara de los Comunes al pasar de ciento dieciocho a ciento treinta y dos asientos, mientras que sus rivales conservadores sólo obtuvieron las ochenta y un curules restantes (Parliament of Canada, 2011).

Durante el segundo periodo de Wilfrid Laurier, de nueva cuenta las presiones del gobierno británico para estrechar las relaciones militares y económicas con Canadá fueron el común denominador, al igual que las presiones por parte de Estados Unidos para agregar territorio a Alaska. Cabe señalar que fue precisamente esta dinámica en la búsqueda de imparcialidad y soberanía frente a las dos potencias —una joven y en franco crecimiento, como era Estados Unidos, y la otra vieja y en declive, el imperio británico— lo que al final atraería a Laurier las simpatías de anglo y francohablantes en el interior de su país, aunque debe señalarse que esta actitud le generó también la antipatía y el repudio de los conservadores, quienes se encontraban más interesados en estrechar sus vínculos con la Corona.

En el ámbito económico, la administración de Laurier aprovechó el excedente de mano de obra inmigrante para lograr cosechas sin precedentes de trigo en ciertas regiones del país. Tal situación posicionó a Canadá como una fuente mundial en la exportación de este cereal. Tal crecimiento agrícola en las provincias del oeste motivó al gobierno liberal a impulsar la construcción de una nueva vía de ferrocarril transcontinental. El objetivo fue incorporar el crecimiento económico canadiense a las regiones más apartadas del oeste, pero también en el norte de las provincias de Ontario y Quebec, región que no se había tomado en cuenta durante la construcción de la primera vía transcontinental bajo el gobierno conservador de Alexander Macdonald.

La estrategia de incorporar nuevas regiones al desarrollo en Canadá fue capitalizada por Laurier en las elecciones de 1904, cuando el triunfo para el Partido Liberal fue contundente y sin precedentes hasta ese momento, pues alcanzaron ciento treinta y nueve asientos, frente a setenta y cinco de los conservadores (Parliament of Canada, 2011). Con este resultado Laurier logró su tercer triunfo electoral

consecutivo. Así, como consecuencia del desarrollo económico experimentado durante sus tres primeras gestiones, la meta de incorporar las extensas regiones del oeste al territorio canadiense se convirtió entonces en el objetivo central de este tercer mandato.

Así, en 1905 se incorporaron finalmente a Canadá las ricas y vastas provincias de Alberta y Saskatchewan. Con estos éxitos políticos, la figura del líder liberal aumentó en todo el país, pues Laurier fue considerado el impulsor del desarrollo económico, de la industrialización y de la incorporación del oeste a Canadá, lo cual significó crear un país transcontinental, con las ventajas comerciales que ello representaba.

De manera simultánea, el impulso a los derechos de las minorías en Canadá, así como la insistencia del gobierno de Laurier en hacer respetar los derechos provinciales, hizo que su cuarta reelección fuera factible. De este modo, en la undécima elección federal de 1908, el triunfo de su partido fue claro, pues obtuvo ciento treinta y tres asientos frente a ochenta y cinco de los conservadores y tres de representantes independientes (Parliament of Canada, 2011). Luego, con una mayoría de cuarenta y cinco representantes en la Cámara de los Comunes, Laurier inició su cuarto periodo consecutivo como primer ministro.

Pese a lo anterior, este periodo estuvo envuelto en una serie de controversias que se agudizaron, sobre todo, por el compromiso naval contraído en 1910 por Canadá, con el cual el gobierno de Laurier se obligaba a destinar recursos económicos cuantiosos para la adquisición de buques de guerra y destructores. El grave problema para el primer ministro Laurier fue que dichos buques se encontrarían bajo las órdenes y disposición del imperio británico, si es que éste así lo decidía. Este tema generó división entre la sociedad del país, pues los francohablantes no aprobaban ese compromiso pues temían una futura conscripción obligatoria, mientras los anglohablantes exigían un mayor compromiso de parte del gobierno federal con Gran Bretaña.

Al mismo tiempo, las fortalecidas relaciones económicas con Estados Unidos y la intención de Laurier de poner en marcha un acuerdo comercial agrícola con sus vecinos del sur terminaron por destruir la unidad de su gobierno, sobre todo porque, incluso al interior de su propio partido, se hicieron sentir las voces en contra de dicho proyecto comercial.

Este amago de liberalización comercial con Estados Unidos fue considerado como una estrategia desleal a la Corona británica, situación que dio oportunidad para que el Partido Conservador, apoyado por un grupo de liberales inconformes, organizaran una serie de protestas legislativas que culminarían con la disolución del Parlamento canadiense, consentida por el propio gobierno de Laurier, para así adelantar un llamado electoral y provocar un reacomodo entre sus seguidores y

opositores al interior de la Cámara de los Comunes. Sin embargo, el resultado de estas elecciones de septiembre de 1911 fue la derrota del Partido Liberal y la salida obligada de su primer ministro, tras quince años de ejercer el cargo de manera continua. Cabe señalar que hoy en día la figura de Laurier es reconocida como el primer gran dirigente liberal en la historia canadiense, y lo equiparan en logros y liderazgo con el conservador John A. Macdonald.

Después de la salida de Laurier, originada en buena medida por una revuelta interna, la ausencia liberal en el poder se extendería durante diez años (1911-1921), periodo tras el cual el partido fue acumulando experiencia en el ejercicio opositor parlamentario. Muestra de ello es el malestar que se originó en amplios sectores sociales canadienses por la activa participación de su país durante la primera guerra mundial, que los liberales supieron capitalizar y conducir en su beneficio electoral.

Durante ese periodo de dos lustros, primero bajo el liderazgo de Wilfrid Laurier y posteriormente de William Lyon Mackenzie King —este último a partir de 1919—, el Partido Liberal logró reforzar su carácter divergente frente a las políticas cercanas a la Corona británica defendidas por el gobierno conservador. La estrategia liberal sirvió para priorizar la idea de una mayor diversificación en las relaciones internacionales de Canadá, al tiempo de poner especial énfasis en alcanzar armonía social de la mano del desarrollo económico.

Así pues, y en buena medida gracias al desgaste de los *tories* en el gobierno durante los años de la primera guerra mundial, el Partido Liberal resultó vencedor en la décimo cuarta elección federal de 1921. Este proceso otorgó ciento dieciséis asientos a los liberales, de los doscientos treinta y cinco en disputa (Parliament of Canada, 2011). A partir de esas elecciones, el liberal William Lyon Mackenzie King comenzó la primera de sus cinco gestiones como primer ministro, puesto en el que acumuló veintiún años y medio al frente del Poder Ejecutivo en Canadá.<sup>33</sup>

Su periodo inicial encabezando la primera magistratura del país comprende de 1921 a 1925, y lo más significativo fue que el suyo sería el primer gobierno de minoría en la historia canadiense. No obstante esta posición minoritaria, Mackenzie King supo encontrar los mecanismos para aliarse con diputados del Partido Progresista, cuya filiación política era totalmente ecléctica, pues en esta agrupación convergían distintas doctrinas, tanto de agricultores y pequeños propietarios de Manitoba, Ontario y Alberta, como de socialistas inmigrados de Europa asentados en el oeste.

<sup>33</sup> En 1925, William Lyon Mackenzie King encabezó un intento de liderazgo opositor para organizar un gobierno de minoría en alianza con el Partido Progresista; sin embargo, éste no contó con el apoyo del gobernador general *lord* Julian Byng, por lo que tuvo que desistir. Pese a ello, este gobierno corto es considerado el segundo de seis periodos de King en el cargo como primer ministro. No obstante, para efectos de análisis en este trabajo, ese segundo periodo no será contemplado porque careció de funciones reales, pues no fue reconocido por el representante de la Corona británica (es decir, el gobernador general).

La habilidad negociadora de Mackenzie King con el Partido Progresista le ayudó a volver a implementar la práctica liberal de tomar distancia política respecto de Gran Bretaña, sobre todo, ante la negativa canadiense a participar en un conflicto armado entre británicos y franceses contra Turquía, en 1922. Con este acto, Mackenzie King demostró la intención de su gobierno por mantener a Canadá con mayor capacidad de maniobra en el escenario internacional respecto de la metrópoli británica. Asimismo, el reconocimiento canadiense de los intereses estadounidenses en el Océano Pacífico, contrario a la posición británica, más orientada a reconocer los intereses de Japón en esa zona, terminó por convertirse en otra manifestación de independencia política respecto al gobierno inglés.

Temas delicados como éstos fueron causa de pugnas y falta de acuerdos al interior de la Cámara de los Comunes durante el primer periodo de Mackenzie King. En el nivel interno, su gobierno se caracterizó por tratar de mejorar las condiciones de vida de la población, sobre todo después de los altos costos humanos y económicos provocados por la primera guerra mundial. Para lograr estos objetivos, su gobierno destinó recursos para impulsar la producción agrícola del país, al tiempo que hizo esfuerzos por reducir impuestos, redirigir el gasto público y aumentar los aranceles para beneficiar a los productores locales.

Después de un primer periodo dominado por la negociación con los diputados del plural Partido Progresista, Mackenzie King enfrentó su segunda contienda electoral en octubre de 1925. Contrariamente a lo que pudiera suponerse, Mackenzie King y su partido perdieron frente a los conservadores, quienes tampoco lograron alcanzar un gobierno mayoritario, lo que permitió al líder liberal concentrar sus esfuerzos en alcanzar una nueva alianza con los partidos Progresista y Laborista. El objetivo de Mackenzie King fue generar las condiciones idóneas para emitir un voto de censura mayoritario en contra del primer ministro conservador en turno.

En estas condiciones, y a tan sólo un año de encabezar a la oposición, Mackenzie King pronunció un voto de censura en contra del gobierno conservador después de acusarlo de malversación de fondos públicos. Con esta acción opositora, se logró convocar de inmediato a nuevas elecciones federales que se realizaron en septiembre de 1926. Como resultado de este proceso electoral adelantado, Mackenzie King y el Partido Liberal conquistaron el poder de nueva cuenta en Canadá, aunque sin lograr otra vez un gobierno de mayoría.

A diferencia de sus contrapartes *tories*, el gobierno liberal de Mackenzie King había manifestado ya una amplia capacidad para llegar a acuerdos con los demás partidos opositores, quienes, al haberse sumado al voto de censura propuesto por Mackenzie King, no se convertirían en una amenaza para su gobierno en el corto plazo.

Entre las primeras medidas que Mackenzie King tomó en su segunda gestión, sobresale el renovado impulso de su gobierno por redistribuir recursos provenientes



de la abundancia económica de los años veinte en Estados Unidos y Europa, con los que, por cierto, Canadá mantenía lazos comerciales muy dinámicos, sobre todo en los sectores de producción de bienes manufacturados y automotrices.

Al mismo tiempo, el papel activo de Mackenzie King defendiendo la autonomía e independencia de Canadá frente a Gran Bretaña, tanto en el nivel interno como en sus relaciones internacionales, fueron elementos que otorgaron a su administración un fuerte sentido nacionalista que logró extenderse con éxito a las administraciones liberales posteriores. De hecho, este esfuerzo político de Mackenzie King originó la promoción de la independencia política de Canadá sin intervención de potencias externas. En este sentido, resulta muy importante señalar que tales valores, de hecho, dan forma a los ideales políticos que maneja y defiende el Partido Liberal en la actualidad.

Sin embargo, justo cuando la administración liberal de Mackenzie King se encontraba en uno de sus mejores momentos, ocurrió la crisis de 1929 en Estados Unidos. Como resultado, el dinamismo económico de Canadá durante los años veinte comenzó a desacelerarse de forma drástica, pues cayó en una crisis generalizada en todos sus sectores productivos, lo que conllevó una cada vez mayor pérdida de empleos. El nivel de crisis fue tan profundo en Canadá y las respuestas gubernamentales tan limitadas que, durante las elecciones de 1930, el Partido Liberal y Mackenzie King fueron derrotados por los conservadores.

Durante los cinco años posteriores a su derrota electoral, Mackenzie King se mostró como un líder de oposición poco agresivo en contra del gobierno conservador, pero también poco dispuesto a lograr acuerdos con ellos. En buena medida, su gestión como opositor se centró en esperar la recuperación económica y el siguiente llamado a elecciones, programado hacia 1935. Con esta estrategia, el Partido Liberal buscó dar la impresión ante la opinión pública canadiense de que no obstaculizarían los esfuerzos del gobierno conservador para que la economía se recuperase, y se atendieran así las demandas sociales de la época.

Con este escenario por delante, la décimo octava elección federal, de 1935, permitió al líder liberal organizar una campaña enfocada en aprovechar el crecimiento económico que comenzaba a ser evidente en Estados Unidos. En realidad, lo que buscaba Mackenzie King era convencer a los electores de que lo peor ya había pasado. Su mensaje se centró en afirmar que Canadá experimentaría una etapa de crecimiento sostenido gracias a un renovado impulso del modelo keynesiano, con el que él mismo se identificaba.

El mensaje liberal de Mackenzie King fue bien recibido por los electores, quienes le otorgaron una mayoría absoluta, con ciento setenta y un asientos de los doscientos cuarenta y cinco en disputa. Este resultado dio al Partido Liberal capacidad de gobernar sin necesidad de alianzas, al tiempo que fortaleció el liderazgo de

Mackenzie King después de dieciséis años al frente de su partido, ya fuera como primer ministro o como líder de la oposición. Ya en funciones, su gestión se concentró en tratar de contener el aumento y la difusión de ideologías europeas como el fascismo o el nacional socialismo, no sólo en territorio canadiense, sino también en América Latina. Muestra de ello fue la fuerte campaña que instrumentó desde su gobierno para disuadir a los países latinoamericanos respecto a la amenaza que representaba el eventual establecimiento de las ideologías italianas y alemanas en Latinoamérica.<sup>34</sup> Al mismo tiempo, la administración de Mackenzie King decidió estrechar más sus vínculos militares y estratégicos con Gran Bretaña y Estados Unidos, comprometiendo de inmediato los recursos canadienses necesarios para la causa aliada en Europa.

En cuanto al papel canadiense en la segunda guerra mundial, Canadá fue el primer país americano en participar de manera directa en las hostilidades en territorio europeo, toda vez que la declaración de guerra de Canadá en contra de Alemania se dio justo una semana después de la declaración de guerra británica. Así, Mackenzie King, a pesar de haber manifestado con anterioridad sus reservas para vincular a Canadá con Gran Bretaña en asuntos militares, respondió de manera rápida a la solicitud británica para establecer una alianza contra un enemigo común, como era el caso del fascismo o del nacionalsocialismo europeo. Al mismo tiempo que Canadá participaba de manera activa en la guerra, el gobierno de Ottawa elaboró una serie de estrategias logísticas de cooperación con el gobierno de Washington, con el fin de salvaguardar y patrullar el Atlántico Norte y evitar las incursiones de submarinos alemanes.

En las elecciones de 1940, el gobierno de Mackenzie King se encontraba de lleno inserto en la segunda guerra mundial. De hecho, el Partido Conservador solicitó en el pleno de la Cámara de los Comunes la creación de un gobierno de coalición ante la emergencia de la guerra. Empero, dicho intento buscaba en realidad incrementar la influencia *tory* en el gobierno liberal y así ejercer presión para que hubiera un apoyo canadiense aún mayor hacia Gran Bretaña. Por ello, Mackenzie King se negó a tal posibilidad, y se limitó a convocar a elecciones federales tal y como estaba programado para el mes de marzo de 1940. El resultado fue un triunfo contundente para el Partido Liberal, mismo que representó su mayor victoria en la historia, pues alcanzó ciento setenta y ocho de las doscientos cuarenta y cinco curules en disputa (Parliament of Canada, 2011). El resultado significó que al menos el 50 por ciento de la población aprobaba la gestión de Mackenzie King durante la guerra.

Este nuevo gobierno de mayoría permitió a los liberales reforzar sus estrategias durante la emergencia de la guerra. Mientras tanto, al interior del país, Mackenzie

<sup>34</sup> Para mayor información en cuanto a los acercamientos canadienses con América Latina durante los años de la segunda guerra mundial, véase Rochlin, 1999.

King se encontraba consciente del peligro que representaba para su administración la conscripción obligatoria. Por consiguiente, y recordando lo sucedido durante la primera guerra mundial, su gobierno decidió implementar el sistema de conscripción voluntaria entre los ciudadanos de habla inglesa y francesa, al tiempo que diseñó una serie de referéndums nacionales para medir el ánimo de los ciudadanos canadienses en cuanto a este delicado tema. Al final, el sistema de conscripción obligatoria fue puesto en marcha en Canadá, pero por fortuna, hasta el final de la guerra, lo que redujo significativamente las bajas y, por ende, el costo político para el gobierno de Mackenzie King.

Una vez consolidado el triunfo aliado en Europa y Asia, la posición de Canadá se vio fortalecida al quedar como un país prácticamente intacto después del desastre que significó la segunda guerra mundial en territorio europeo. Este nuevo estatus canadiense en el escenario internacional y el dinamismo económico producto de la economía de guerra generaron un sentimiento de orgullo nacional que Mackenzie King y el Partido Liberal lograron capitalizar en las elecciones de 1945. El resultado favoreció a los liberales, pues concentraron de nueva cuenta la mayoría parlamentaria.

Durante la quinta y última administración de Mackenzie King al frente del país, logró concretarse la alianza entre Canadá y Estados Unidos, lo cual dio fin a la histórica dependencia canadiense de Gran Bretaña en materia de seguridad y defensa. El motivo de este cambio de rumbo se debe al reconocimiento de que la tradicional postura canadiense, más cercana a la Corona británica, debía cambiar en favor de una especial alianza con la nueva superpotencia occidental, en este caso Estados Unidos.

A partir de los años cuarenta, las plataformas partidistas liberales tuvieron que adaptarse a las nuevas realidades que imponían una separación de facto de Gran Bretaña, a favor de un mayor acercamiento a Estados Unidos. Por lo tanto, mantener la independencia y soberanía de Canadá frente a su poderoso vecino se convirtió en la nueva bandera política del Partido Liberal. Paradójicamente, mientras esto sucedía, los conservadores tomaron la bandera de incrementar sus lazos y alianzas con Estados Unidos, como parte de su nueva estrategia nacional partidista de carácter anticomunista.

En el nivel interno y aprovechando la coyuntura de reconstrucción en Europa, el gobierno de Mackenzie King destinó amplios recursos a programas de apoyos sociales para los sectores más vulnerables de Canadá, incluidos, claro está, veteranos de guerra y enfermeras. En el mismo sentido, introdujo de nueva cuenta el seguro de desempleo y los subsidios familiares, el seguro médico universal y ofreció mayores facilidades para adquirir vivienda. Con tales elementos, la última gestión de Mackenzie King se concentró en asegurar una amplia gama de políticas de carácter social que fuesen extensivas a todas las provincias.

En el año de 1948, cuando Mackenzie King contaba setenta y cuatro años, hizo pública su intención de retirarse de la vida política, y designó a su ministro del

Exterior, Louis St. Laurent, como su sucesor y líder en el Partido Liberal. Cabe mencionar que el largo periodo de más de dos décadas al frente de la primera magistratura hace de Mackenzie King el primer ministro que más tiempo ha ejercido dicha función en toda la historia canadiense.

Respecto a Louis St. Laurent, después de su designación como primer ministro —tras el retiro de su antecesor en noviembre de 1948—, dedicó sus esfuerzos a organizar la acción de gobierno para preparar el terreno en espera de la vigésima primera elección federal, convocada para junio de 1949. En ese proceso, el resultado favoreció nuevamente al Partido Liberal, pues logró acumular ciento noventa de los doscientos sesenta y dos asientos en disputa (Parliament of Canada, 2011).

De esta forma, la vigésima primera legislatura quedó dominada por la fracción liberal, con un gobierno mayoritario y una extensa aprobación popular. Así, la primera administración de St. Laurent (quien, por cierto, fue el segundo quebequense católico en llegar a la primera magistratura del país) supo aprovechar la coyuntura de crecimiento económico heredada de su antecesor. En el nivel internacional, St. Laurent logró posicionar a Canadá como un actor protagónico, sobre todo porque Europa aún se encontraba en pleno proceso de reconstrucción.

Una manifestación de esta nueva etapa activa de Canadá como actor de primer plano en el escenario internacional fue su incorporación como socio fundador de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en abril de 1949. Esta condición permitió que Canadá mantuviera una presencia militar permanente en Francia y Alemania desde principios de la década de los años cincuenta.<sup>35</sup> Es oportuno señalar que tal activismo canadiense durante la gestión de St. Laurent se hizo patente en la guerra de Corea (1950-1953), en la cual Canadá participó activamente al enviar personal militar bajo auspicio de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

En el plano interno, el gobierno de St. Laurent buscó aumentar la práctica liberal de extender planes de beneficio social a amplios sectores del país, lo que incluyó un plan, a mediano plazo, para cubrir las necesidades médicas de todos los ciudadanos canadienses, el cual se haría realidad pero bajo otra administración liberal. Asimismo, implementó proyectos como apoyo a la vivienda, pensiones, apoyo a estudiantes y niños, así como el seguro de desempleo, todo lo cual siguió concentrando buena parte de la inversión pública.

Por otra parte, es necesario señalar que fue precisamente durante la primera gestión de St. Laurent cuando terminó por incorporarse a Canadá su décima provincia: Terranova y la Península del Labrador. Por consiguiente, a partir de 1949 quedó conformado el actual mapa político del país.

<sup>35</sup> La presencia militar canadiense en territorio europeo se prolongó hasta 1993, año cuando abandonó las bases de Baden-Soellinger y Lahr, en Alemania.

En términos generales, las extendidas políticas sociales puestas en marcha durante varias administraciones liberales hicieron posible que el nivel de popularidad de los liberales y su líder St. Laurent se mantuviera excelente. Por tal motivo, la contienda electoral federal de 1953 puso de manifiesto la buena acogida que habían tenido entre la población las políticas liberales de carácter keynesiano desde años antes. De esta forma, no resultó una sorpresa que la vigésima segunda elección federal otorgara de nueva cuenta un gobierno mayoritario a Louis St. Laurent y al Partido Liberal.

El segundo periodo de St. Laurent se caracterizó por diseñar una serie de proyectos nacionales orientados a fortalecer y ampliar las vías de comunicación en el país. Uno de los ejemplos más claros es el Saint Lawrence Seaway, que buscaba acelerar la construcción de una serie de canales y diques que permitieran la interconexión naval desde el norte del Atlántico hasta los Grandes Lagos en Estados Unidos.

De igual forma, se reforzaron los trabajos para construir la Trans-Canada Highway que debía atravesar, mediante carretera, de este a oeste todo el país. El último de sus ambiciosos proyectos fue el Transcanada Pipeline, para el cual se diseñó la construcción de líneas de gas natural que atravesarían las provincias de Alberta, Saskatchewan, Manitoba, Ontario y Quebec. Sin embargo, este proyecto tuvo una serie de problemas de carácter económico y logístico, situación que facilitó una alianza opositora encabezada por los conservadores que acusaría al gobierno liberal de no ser transparente en los gastos.

Otro asunto que implementó St. Laurent durante su segunda gestión fue la adopción de los conocidos pagos de compensación provincial, mediante los cuales las provincias con mayores recaudaciones fiscales e ingresos económicos debían apoyar a las provincias menos favorecidas, con el objetivo de alcanzar un nivel económico y social más equitativo en todo el país. En este sentido, era claro que lo anterior sólo sería posible mediante la gestión, coordinación e intervención directa de la federación en asuntos provinciales. Hasta cierto punto, Louis St. Laurent fue preparando el fin de su mandato organizando programas federales que permitieran la integración territorial, económica y social de todo Canadá.

Como resultado de dichos proyectos, el proceso electoral de 1957 manifestó una mayoría en los votos universales de todo el país a favor del Partido Liberal, pero esta mayoría no se vería reflejada en el nivel de circunscripciones electorales. Es decir, el Partido Conservador Progresista, con el 39 por ciento de los votos, logró obtener ciento doce diputaciones, mientras que el Partido Liberal, con el 42.3 por ciento de los sufragios, sólo alcanzó ciento cinco asientos en la Cámara de los Comunes (Parliament of Canada, 2011).

Como ya se ha dicho, este tipo de resultados son una característica propia de los sistemas parlamentarios —aunque también de los sistemas bipartidistas, como

es el caso de Estados Unidos—, en donde los diputados o representantes son electos por distrito, según lo que se conoce como Ley de Duverger. En esta ley predomina la lógica de “la pluralidad de un solo miembro”, es decir, el candidato que ha obtenido la mayoría de los votos en su distrito específico es el que se lleva todos los votos a su favor, incluidos los de sus contrincantes derrotados. Esta dinámica se conoce en inglés como *first-past-the-post*, y en español podríamos identificarla como “mayoría relativa”; mediante ella, en términos pragmáticos, el candidato vencedor representa la pluralidad de todos los votantes de su distrito en particular (Grofman, Blais y Bouler, eds., 2010).

Así pues, el resultado de las elecciones federales de 1957 —gracias a que se acumuló una mayoría en el voto universal— daba la posibilidad a Louis St. Laurent de formar un gobierno de minoría junto con la Federación Cooperativa de la Commonwealth o con el Partido de Crédito Social. Esto era factible porque la alianza entre el Partido Liberal y cualquiera de las dos agrupaciones mencionadas permitía una mayoría parlamentaria simple. No obstante, y siguiendo una tradición política canadiense bastante conservadora, St. Laurent rechazó la posibilidad de encabezar un gobierno de coalición, y dio así la oportunidad para que los conservadores asumieran el control de la vigésima tercera legislatura.<sup>36</sup> Esta decisión eliminó la posibilidad de incluir nuevos actores políticos en la toma de decisiones, característica que ha sido predominante desde el establecimiento de este añejo duopolio partidista en el sistema político canadiense.

Después de esta negativa, Louis St. Laurent presentó su renuncia como líder del Partido Liberal y dio paso así a una nueva camada de políticos liberales encabezados por Lester Bowles Pearson. Cabe mencionar que Pearson se desempeñó como ministro de Asuntos Externos desde 1948 durante la gestión de St. Laurent, por lo que ya tenía experiencia en dirigir los destinos del país en materia de política exterior.

El liderazgo de Lester B. Pearson al frente del Partido Liberal se concretó casi de inmediato después de la renuncia de St. Laurent, lo que permitió a Pearson lograr consolidarse desde 1958 como líder de la oposición y desde ahí, gracias a la alianza de los demás partidos representados en la Cámara de los Comunes, estableció una estrategia dirigida a adelantar elecciones para sacar a los conservadores del poder de manera prematura.

No obstante sus planes, esta estrategia no funcionó, ya que los conservadores acusaron a sus opositores de ocultar datos e información acerca de la llegada al país de una inminente crisis económica. El propio primer ministro conservador en turno (John Diefenbacher) se adelantó a la oposición, y desde el poder solicitó una

<sup>36</sup> Es importante decir que en Canadá, pese a que los estatutos federales contemplan la figura de gobiernos de coalición, no ha sido adoptada por los partidos políticos, en lo que parece un pacto entre élites liberales y conservadoras para evitar el acceso al poder de agrupaciones partidistas diferentes.

disolución parlamentaria. Con esta decisión se adelantaron las elecciones federales; el objetivo central del gobierno conservador fue alcanzar un gobierno de mayoría y consolidarse en el poder.

Esta vigésima cuarta elección, en 1958, tuvo como resultado una derrota desastrosa para el Partido Liberal, que obtuvo solamente cuarenta y ocho curules, frente a doscientos ocho de sus rivales conservadores. A pesar del resultado, Lester B. Pearson continuó al frente de su partido como líder de una diezmada oposición, con un total de cincuenta y siete representantes (incluyendo los cuarenta y ocho liberales)(Parliament of Canada, 2011). Desde la oposición, Pearson se caracterizó por ejercer un liderazgo firme, pero poco controversial con los conservadores. Esta actitud de bajo perfil parecía obedecer a que el líder liberal era consciente de sus escasas oportunidades frente a un gobierno mayoritario *tory*, el cual superaba en proporción de casi cuatro a uno a todos sus opositores partidistas durante este vigésimo cuarto ejercicio parlamentario.

Por lo tanto, Lester B. Pearson decidió aguardar las siguientes elecciones, de 1962; si bien, los conservadores volvieron a ganar, esta vez ya no fue con mayoría absoluta. Esta situación permitió a los liberales aguardar el momento preciso para convocar a nuevas elecciones junto con el resto de los partidos representados. Así, el momento idóneo llegaría después de la crisis de los misiles entre Estados Unidos y Cuba (octubre de 1962). Las razones que esgrimieron los liberales y la oposición para adelantar elecciones fueron las profundas diferencias respecto a esa crisis entre el primer ministro Diefenbacher y el presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy.

Así, Lester B. Pearson, experimentado político en asuntos internacionales, acusó al gobierno conservador de cometer errores e indecisiones en asuntos estratégicos con sus vecinos y aliados estadounidenses, situación que amenazaba la soberanía canadiense a futuro. En 1963, y después de dos mociones de no confianza en contra de su gestión, el primer ministro *tory* decidió disolver el Parlamento y convocó a elecciones anticipadas, lo cual, en última instancia, era precisamente lo que Pearson había esperado.

Los resultados de este vigésimo sexto proceso electoral dieron el triunfo finalmente al Partido Liberal, pues alcanzó ciento veintinueve de los doscientos sesenta y cinco asientos en disputa. Ahora, si bien la primera administración de Pearson fue de un gobierno minoritario, el margen de 3.5 votos necesarios para aprobar cualquier proyecto en el Legislativo hacía muy factible el progreso de los planes y programas liberales en alianza con los otros partidos de oposición. Esto era posible gracias a que el Partido Neodemócrata tenía diecisiete asientos y el Partido de Crédito Social los veinticuatro restantes; incluso, debe agregarse que ambas agrupaciones coincidían con los planes liberales de crear nuevos sistemas de apoyo social en

todos los niveles (Parliament of Canada, 2011). De esta forma, el escenario político que se presentaba en el país hacía posible la implementación de una serie de programas novedosos de carácter federal, los cuales incluirían beneficios extensivos hacia amplios sectores, mismos que, debe subrayarse, habían sido ya organizados y programados durante las administraciones de sus predecesores liberales.

En esa dinámica, se pudo aplicar desde 1964 el programa de préstamos estudiantiles para apoyar la educación superior y media superior, programa que logró ponerse en marcha gracias a fondos provinciales, federales y privados a fin de garantizar educación de alto nivel para quien así lo requiriera, por la carencia de recursos económicos familiares. Así, los gobiernos federal y provincial garantizaron el pago a aquellas entidades privadas que destinaran recursos para la educación superior.

Por otra parte, en el ámbito económico, quizá el precedente más cercano al libre comercio entre Canadá y Estados Unidos se haya dado precisamente durante la administración de Pearson, al hacer oficial el establecimiento del *Autopac*, un mecanismo que permitió complementar los sistemas productivos de las industrias automotrices de ambos países. Éste, que se puso en marcha a partir de enero de 1965, permitía el intercambio de piezas originales, así como la exportación de, al menos, el 75 por ciento de la producción vehicular canadiense hacia Estados Unidos. Es necesario reconocer que, a partir de la puesta en marcha de este mecanismo comercial, el sector automotriz se convirtió en el eje central del comercio en Norteamérica, pues pasó del 5 por ciento (1965) al 34 por ciento (1971). Al respecto, llama la atención que el impulso que alcanzó la industria automotriz, desde los años sesenta, haya logrado mantener los mismos niveles comerciales en la región, incluso varias décadas después (Mahant y Mount, 2000: 175).

En materia de política exterior, el gobierno liberal de Lester B. Pearson rechazó participar de manera activa en el conflicto de Vietnam, pues manifestó públicamente que Canadá sólo formaría parte de acciones multilaterales siempre y cuando fueran por mandato de la ONU, tal y como había ocurrido durante la guerra de Corea en los años cincuenta. Con esta postura, Pearson estableció en la política exterior canadiense que, si bien su país era un aliado cercano y natural de Estados Unidos, de ninguna manera participaría en el futuro en aventuras de carácter imperialista. Tal postura se manifestó como la herencia directa de los primeros liberales canadienses, cuando insistían en que Canadá debería marcar su distancia de las prácticas y aventuras imperialistas de la Corona británica en el siglo XIX.

De esta forma, las políticas sociales exitosas llevadas a cabo en Canadá durante las administraciones liberales fueron generando profundos sentimientos de orgullo nacional entre los habitantes de habla inglesa. Esta condición permitiría a Pearson lanzar la convocatoria para crear una nueva bandera nacional, lo que implicaba hacer a un lado la tradicional bandera roja con motivos británicos.



A partir de ese momento, el debate parlamentario se centró entre los conservadores —que no querían cambiar el lábaro patrio— y los liberales —que insistían en desmarcarse de una vez por todas de Gran Bretaña—, pues en conflictos internacionales futuros la bandera canadiense podría ser identificada con la bandera británica, pese a no compartir los mismos anhelos imperialistas. Al final, la fracción liberal canadiense venció en los debates al interior de la Cámara de los Comunes, y se decidió por mayoría incorporar una nueva bandera con la hoja de arce al centro y dos franjas verticales rojas a los lados. El uso del nuevo lábaro patrio se hizo oficial a partir de febrero de 1965.

Cobijados por esta serie de éxitos políticos, Pearson y el Partido Liberal consideraron que la opinión pública les era muy favorable, de modo que decidieron lanzar la apuesta de adelantar las elecciones federales en 1965, en un intento por menguar la presencia conservadora en la Cámara Baja. Sin embargo, sus opositores lograron armar una campaña electoral plagada de acusaciones de corrupción en contra de miembros del gabinete de Pearson, y así lograron que se evitara reducir su presencia en el Parlamento. Por consiguiente, los resultados de la vigésima séptima elección federal dejaron prácticamente en la misma situación a sus protagonistas, puesto que los liberales pasaron de ciento veintinueve a ciento treinta y un representantes, mientras que los conservadores aumentaron, de noventa y cinco a noventa y siete diputados. En suma, la estrategia liberal que buscó diezmar la presencia del Partido Conservador Progresista en la Cámara de los Comunes, fracasó en esa ocasión.

Durante su segunda gestión, Pearson continuó impulsando programas sociales de alto impacto, como la instalación oficial, en 1966, del programa médico universal conocido como Medicare. Este sistema ha ganado prestigio en el nivel internacional por su gratuidad, extensión, calidad y servicio. Sin embargo, cabe señalar que el Medicare original fue en un principio implementado en Saskatchewan por el exprimer ministro provincial Tommy Douglas, quien en 1961 logró introducir una nueva legislación para el cuidado universal de la salud universal en esa provincia. Por cierto, el mismo Tommy Douglas sería posteriormente el fundador y primer líder histórico del Partido Neodemócrata. Por tanto, puede considerarse al prestigiado Medicare como un programa social puesto en marcha en Canadá por liberales y apoyado por conservadores, pero de orígenes neodemócratas.

Así, en lo que corresponde al gobierno federal, dicho sistema médico fue instrumentado finalmente durante la gestión de Lester B. Pearson, quien aceleró su puesta en marcha para todos los residentes en Canadá, incluidos los inmigrantes recientes. El único servicio que no incluía el Medicare era el de odontología, pero con todos los demás servicios médicos, a través de un sistema provincial-federal, Medicare permitía ofrecer atención médica sin el pago directo del beneficiario a entidades tanto privadas como públicas y de contratación de servicios.

De manera paralela, la puesta en marcha del Plan de Pensiones Canadá, en 1966, otorgó un marco regulador al tema de las pensiones por vejez o incapacidad, gracias al cual la iniciativa privada o la inversión pública pudieron participar a través de sistemas de inversión. Este plan quedaba bajo la responsabilidad de cada provincia, pero con la supervisión federal permanente para garantizar el cumplimiento de cada programa en el nivel individual. Con esto, el gobierno liberal de Pearson cumplió las tradicionales promesas liberales de elaborar un plan de pensiones seguro y justo para todos los canadienses.

Luego, en un escenario de franco crecimiento de la popularidad del Partido Liberal, Lester B. Pearson anunció su retiro de la vida política a dos años de haber logrado su reelección, es decir, en diciembre de 1967. Esta decisión, si bien tomó por sorpresa a las élites de su partido, hizo posible de nueva cuenta una renovación en la dirigencia liberal, que a partir de abril de 1968 quedaría en manos del quebequense Pierre Elliot Trudeau.

Trudeau, quien se desempeñara como ministro de Justicia durante la administración de Pearson, fue designado por su partido como el primer ministro sucesor. Más tarde, en cuanto Trudeau asumió el cargo, decidió convocar a elecciones generales, en junio de 1968. Con esta decisión, el nuevo primer ministro buscó renovar el Parlamento, legitimando al mismo tiempo su ejercicio en el poder. De tal modo y con dichos antecedentes jugando a su favor, la vigésima octava elección federal dio su primer triunfo a Trudeau, y colocó a su partido con una mayoría de ciento cincuenta y cinco curules en la Cámara Baja del Parlamento (Parliament of Canada, 2011).

El primer periodo de Trudeau como primer ministro electo se caracterizó por continuar y defender los programas sociales emprendidos por su antecesor, además de establecer de manera oficial el carácter cultural bilingüe del país y su aplicación en todos los documentos y actos de gobierno, lo que se concretó mediante la Ley sobre Lenguas Oficiales (*Official Languages Act*). De esta manera, el gobierno liberal de Trudeau proyectó ante la opinión pública la imagen de que su partido era la agrupación que privilegiaba la tolerancia y la inclusión cultural como dogmas ideológicos.

Sin embargo, la conocida Crisis de Octubre de 1970 en Quebec, marcó de manera significativa el primer periodo de Pierre Elliot Trudeau. Se produjo después de que un grupo radical quebequense conocido como el Frente de Liberación de Quebec (FLQ) secuestrara al cónsul británico de comercio acreditado, James Cross, y al ministro provincial del Trabajo, Pierre Laporte, quien fue asesinado por el Frente. Esta situación, inédita en Canadá y en Quebec, provocó la invocación de los poderes de Guerra por parte del gobierno de Trudeau, mediante la cual el gobierno central de Ottawa asume una actitud de guerra frente a cualquier asunto que sea considerado como una amenaza a la unidad nacional, ya sea que su origen sea externo o interno.

A partir de la invocación de los poderes de Guerra, el gobierno de Trudeau, en coordinación con el gobierno provincial quebequense y el gobierno local de Montreal, desarrollaron una estrategia relámpago para buscar, detener y encarcelar a los miembros del FLQ responsables de los delitos en contra de funcionarios nacionales y extranjeros. Como resultado de esta invocación, el FLQ quedó desarticulado y la popularidad de Trudeau se incrementó en el resto de las provincias con mayoría anglosajona; pero en Quebec, la respuesta federal de despliegue militar fue considerada excesiva, hecho que fortaleció el sentimiento nacionalista entre amplios sectores provinciales.

Ahora bien, en lo que respecta a los programas sociales, Trudeau dirigió mayores recursos a rubros como el seguro de desempleo y el apoyo a la maternidad, con el fin de proyectar un modelo de sociedad justa. Por medio de estos programas gubernamentales, la administración liberal de Trudeau afianzó y extendió un sistema de seguridad social en todo el país, cuyos resultados han otorgado a Canadá reconocimiento en el nivel internacional.<sup>37</sup>

En 1972 se llevó a cabo un nuevo proceso electoral federal en el país, pero en esta ocasión el triunfo de los liberales fue muy apretado, pues lograron ciento nueve asientos frente a ciento siete de los conservadores. Este resultado daba a los aliados liberales, en este caso, al Partido Neodemócrata, con treinta y un diputados, la posibilidad de establecer más alianzas e incluir una mayor cantidad de demandas socialdemócratas a las políticas de gobierno de Trudeau. Gracias a ello, el primer ministro liberal pudo continuar al frente de un gobierno de minoría durante otro periodo más. (Heard, 2005).

Debido a lo comprometido del resultado electoral, durante su segunda gestión, el gobierno liberal de Trudeau se orientó más hacia políticas de izquierda, en un intento por mantener el apoyo del Partido Neodemócrata, el cual, por primera ocasión en su historia, se convertía en factor de gobierno. De esta manera, los ajustes provocados por el fin del sistema Bretton Woods a nivel mundial, y que impactaban de igual forma a Canadá por medio del incremento en los niveles de desempleo, dirigieron sus esfuerzos a no disminuir los apoyos sociales, para ajustarse a la nueva realidad económica.

En términos concretos, y ante la presión constante del Partido Neodemócrata por ampliar aún más los beneficios sociales, junto con los intentos de los conservadores por adelantar elecciones para desplazar a los liberales del poder, el gobierno de Trudeau no tuvo otra opción que elaborar una fina estrategia mediadora ante sus opositores, a través de una propuesta presupuestal federal. Mas dicha propuesta

<sup>37</sup> Para mayor información respecto a los distintos procesos del modelo de bienestar social canadiense, véase Mascovitch (2006).

no resultó ser del todo suficiente para el Partido Neodemócrata, ni tampoco para los conservadores, quienes exigían recortes presupuestales. En este escenario, los partidos de oposición rechazaron la propuesta presupuestal de Trudeau, lo que le permitió solicitar la disolución parlamentaria y convocar a nuevas elecciones en julio de 1974. Una vez formalizada la convocatoria electoral, el líder liberal concentró sus esfuerzos en tratar de retomar el control de la Cámara de los Comunes para su partido.

El resultado de estos comicios fue quizá la muestra más clara del elevado nivel de estrategia político que alcanzó Pierre Elliot Trudeau en muy poco tiempo, ya que por vez primera en la historia del país, una crisis económica había servido para que un gobierno de minoría adelantara elecciones y obtuviera el triunfo, lo cual se reflejó en una mayoría parlamentaria que haría más factible el manejo de la crisis: los liberales pasaron de ciento nueve a ciento cuarenta y un diputados, mientras que el Partido Conservador Progresista disminuyó su presencia de ciento siete a noventa y cinco curules. Cosa similar ocurrió con el Partido Neodemócrata, ya que sus diputados pasaron de treinta y uno a dieciséis. Así, el trigésimo Parlamento canadiense fue testigo de un nuevo periodo de mayoría liberal (Parliament of Canada, 2011).

Durante su tercera gestión, Pierre Elliot Trudeau impulsó una política exterior más activa: renovó sus lazos con Cuba, dado que llevó a cabo una visita oficial a la isla en febrero de 1976, hecho que contravino los designios estadounidenses de exclusión hemisférica hacia el gobierno de La Habana, justo después de que el líder cubano Fidel Castro emitiera su célebre declaración del carácter socialista de la Revolución cubana, en abril de 1961. Es oportuno recordar que esta declaración determinaría la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA) al año siguiente.

En el ámbito interno, Trudeau buscó establecer estrategias antiinflacionarias y de control de precios, hecho que significaba un incremento en el papel del Estado en la economía, condición que provocó choques con grupos empresariales canadienses. En esta lógica, y a fin de disminuir el desempleo, Trudeau emprendió un programa nacional de control de salarios, decisión que le generaría antipatía por parte de amplios sectores sindicales identificados con la izquierda, y de manera particular con el Partido Neodemócrata.

Mientras a nivel federal se tomaban estas medidas de austeridad, en la provincia de Quebec, de nueva cuenta, los movimientos nacionalistas de carácter separatista tomaban renovados bríos, al grado de que el gobierno provincial decidió eliminar el carácter bilingüe quebequense, lo que significaba el establecimiento del idioma francés como única lengua oficial en la provincia. Este cúmulo de problemáticas internas fue menguando la aceptación popular de Trudeau como primer ministro.

Pero gracias a la mayoría alcanzada en las elecciones anteriores, Pierre Elliot Trudeau logró completar su tercer periodo de gobierno. Al finalizarlo, Trudeau

emplazó a nuevas elecciones en mayo de 1979. El resultado de este proceso electoral fue una derrota inesperada, que se explica por dos razones principales. La primera obedece al desgaste natural después de ejercer el poder por once años (para el caso de Trudeau), más cinco de su predecesor liberal (Pearson). El Partido Liberal llevaba gobernando dieciséis años de manera ininterrumpida. En segundo lugar, debe tomarse en consideración la aguda crisis económica de principios de los años ochenta y las medidas impopulares de Trudeau para enfrentarla.

Los resultados de este proceso electoral dejaron al Partido Liberal con ciento catorce asientos, mientras que el Partido Conservador Progresista obtuvo ciento treinta y seis diputaciones, por veintiséis del Partido Neodemócrata. Cabe resaltar que para el trigésimo primer Parlamento, el número de diputados se incrementó al pasar de doscientos sesenta y cuatro a doscientos ochenta y dos. De acuerdo con esto, la posibilidad conservadora de establecer un gobierno de mayoría con ciento cuarenta y dos asientos en el Parlamento se esfumaba ante los números alcanzados por sus rivales liberales y neodemócratas en la Cámara de los Comunes, los cuales reflejaban que estas fracciones eran mayoría y sólo les quedaba aguardar el momento más oportuno para derribar al gobierno minoritario *tory*.

Para lograr esta meta, y ajustándose a las reglas del sistema parlamentario canadiense, los liberales tendrían que aguardar un error de sus oponentes conservadores en el poder y así tener argumentos que justificaran su llamado adelantado a elecciones federales. Tal error llegaría muy pronto, después del anuncio de un aumento a los combustibles por parte del gobierno *tory*. Esta situación irritó sobremanera a los contribuyentes, lo que permitió que la mayoría opositora en la Cámara de los Comunes solicitara una moción de pérdida de confianza hacia el primer ministro, lo cual obligó a los conservadores a hacer efectiva una nueva convocatoria electoral, a tan sólo siete meses y medio de haber asumido el cargo. El resultado de esta trigésima segunda elección fue una humillante derrota para los *tories* y, al mismo tiempo, una victoria contundente de nueva cuenta para Pierre Elliot Trudeau y el Partido Liberal.

En este punto debe señalarse que el último periodo de Trudeau será abordado con mayor detenimiento al inicio del capítulo siguiente de este libro, justo cuando se analicen los liderazgos liberales y conservadores contemporáneos, además de sus respectivos procesos internos partidistas de ascenso al poder.

En suma, como ha podido observarse, la historia política canadiense ha sido dominada fundamentalmente por dos partidos: el Partido Conservador y el Partido Liberal. Estas agrupaciones políticas pueden considerarse, al mismo tiempo, como los creadores y beneficiarios de la versión canadiense de la Ley Duverger, la cual señala, entre otras cosas, que los sistemas parlamentarios se encuentran diseñados para beneficiar a un sistema bipartidista, independientemente de que el Partido

Neodemócrata ha ido ganando espacios e influencia de manera eventual, sobre todo como aliado de gobiernos de minoría, tal y como sucedió con la tercera administración de Pierre Elliot Trudeau.

En este sentido, resulta interesante conocer cómo el sistema de partidos canadiense, a pesar de permitir la participación e inclusión en la escena política de nuevas agrupaciones partidistas en elecciones provinciales y federales, resulta ser al mismo tiempo excluyente y cerrado, lo cual obedece, al parecer, a que el esquema político de Canadá ha sido establecido desde las élites para ser dominado por un sistema bipartidista, en donde las agrupaciones distintas a los conservadores y liberales parecen enfrentarse a incontables dificultades: políticas, económicas, sociales, psicológicas o culturales, lo que les impide alcanzar una completa presencia nacional.

Como resultado de esta particularidad, el electorado canadiense suele identificar en este esquema bipartidista a los responsables de su propio bienestar social, situación que deja poco espacio a nuevas expresiones políticas. No obstante, debe reconocerse que, en general, los ciudadanos de Canadá por lo regular emiten su voto como una especie de premio o castigo a los dos partidos dominantes. Sólo así podría entenderse que en un mismo año los electores puedan calificar de manera tan distinta a los dos principales partidos políticos en procesos electorales diferentes.

Esta actitud democrático-electoral, sumamente volátil en el país, ha estimulado el surgimiento y fortalecimiento de figuras políticas en ambos partidos, algunas de las cuales se han manejado como expertos en la materia y han logrado capitalizar las fobias o las filias sociales como herramientas electorales cautivas, y cuyos ejemplos más claros pueden observarse, sobre todo, durante administraciones duraderas.